

Matar al presidente

NOVELA

Antonio Rojas Gómez

PRIMERA PARTE

1

Una vez que los inspectores abandonaron su oficina, después de la reunión de la mañana, el comisario Mandiola se quitó la mascarilla y la dejó en una esquina del escritorio. Entonces recordó que de niño le encantaba cubrirse el rostro con un pañuelo, dejando apenas los ojos al descubierto, cuando jugaba a policías y ladrones con los demás chiquillos. Todos querían ser ladrones; era más entretenido escapar que perseguir. Ahora era policía. Y los policías siempre han actuado a rostro limpio. Sin embargo, la pandemia de Covid-19 lo obligaba a cubrir boca y nariz con una mascarilla. El protocolo era estricto y él lo cumplía. Pero en cuanto quedaba a solas se la quitaba y volvía a respirar a sus anchas, como cuando era niño. Curioso, no solía recordar su niñez y ahora sentía una ligera añoranza de los juegos al aire libre, con la vida entera para absorberla en cada inspiración. Movié la cabeza y sacó el celular del bolsillo.

-¿Cómo sigue el enfermo?

-Mejorando; estoy cada día mejor -respondió la voz lejana de Pepe Ortega.

-Pero te escucho muy bajo, como si estuvieras cansado.

-Es que dormí mal.

-¿Alguna pesadilla?

-No, un hecho real, a las dos de la mañana. Pensaba si debía llamarte para contártelo.

Pepe Ortega se había contagiado de Covid cuando tenía dos dosis de vacuna, lo que le salvó la vida, según el médico que lo atendió. Estuvo grave, muy grave. Debió ser hospitalizado y entubado. Al salir del hospital, Oriana lo trasladó a un departamento en Concón, que le prestó una amiga, y allí estaba desde hacía doce días. Era un buen departamento, de tres dormitorios y dos baños, en el piso dieciocho de un edificio frente a la refinería de la Empresa Nacional del Petróleo, con una amplia vista del mar y de la desembocadura del río Aconcagua. Oriana pasó dos días con él y luego debió reintegrarse al trabajo, pero dejó contratada a una mujer que le llevaba almuerzo y le hacía la cama. Pepe disponía de todo el departamento, pero no ocupaba el dormitorio principal ni el baño anexo. Dormía en el segundo dormitorio, en una cama de plaza y media, y pasaba el día leyendo en la sala o revisando su computador en el escritorio que ocupaba la tercera pieza. Se estaba bien allí. El verano se retiraba y los días eran más bien otoñales, nublados a veces y otras con un sol que más alumbraba que calentaba. Después del calor del verano santiaguino, que sufrió antes de enfermar, Pepe estaba a gusto.

-¿Qué tendrías que contarme? -preguntó el comisario.

-Bueno, es que fui casi testigo de un homicidio.

-¿Cómo es eso, Pepe?

-Mira, se supone que aquí estoy en un lugar tranquilo, pero sucede que este edificio queda junto al camino internacional, que es bastante transitado, y justo debajo de mí hay una rotonda de la que se desprenden dos rutas, una hacia Quintero y la otra a Quillota y La Calera. Te imaginarás los tacos y bocinazos a ciertas horas del día. Pero eso no sería nada. En la noche pasan camiones, y no son los más bulliciosos, porque entre las doce y las dos, más o menos, parece que

vienen a correr en motos o autos con escape libre, que perjudican justo a la hora del primer sueño.

-Puede que sea molesto, pero no veo que se compare con un homicidio.

-Espera, es que no te lo he dicho todo. Anoche, alrededor de las dos, cuando por fin estaba quedándome dormido, me sobresaltó el frenazo de un auto muy bullicioso. Me asomé a la ventana y vi al conductor que bajaba del asiento trasero a un tipo que estaba muy borracho o estaba muerto. Lo dejó tirado en un jardín seco al borde del camino, y partió a toda velocidad, con su ruido espantoso.

-Vaya! ¿Y qué pasó después?

-No sé, yo volví a la cama. Me costó reanudar el sueño. No escuché nada más y cuando desperté esta mañana, no había señales del tipo que bajaron del auto. Pero ya era tarde, no madrugo precisamente.

-Puede que haya estado borracho, como dijiste, y después de dormir la mona se haya ido por sus propios pies. En todo caso, voy a llamar a Viña del Mar para preguntar. ¿Recuerdas la marca o la patente del auto?

-Estoy en el piso dieciocho, Mauricio, desde aquí no se alcanza a apreciar, y adormilado como estaba...

-Bueno, te informaré lo que averigüe. Querrás saber la noticia.

-No estoy para noticias, Mauricio. Va a pasar un tiempo antes de que vuelva al diario.

Transcurrió la mañana y cuando terminaba de almorzar, una merluza frita como no las comía en Santiago, Mauricio lo llamó nuevamente.

-Tenías razón, Pepe, anoche dejaron un cadáver bajo tu ventana.

Pepe Ortega no estaba para noticias, como había dicho. Se sentía débil y desalentado. Estuvo muy cerca de la muerte y no era una experiencia agradable. Todavía respiraba con dificultad y a veces sentía que se ahogaba, pero se trataba más bien de una cuestión mental más que pulmonar, como le advirtió el médico al darle el alta en la clínica de Santiago. Le recomendó también que saliera de la ciudad, en busca de aire puro. Por eso Oriana consiguió el departamento de su amiga, en Concón. El maldito bicho se había ensañado con él, en cambio Oriana, que no podía dejar de contagiarse, no había tenido más molestias que las que causa un resfrío fuerte. Es cierto que ella tenía casi treinta años menos y los mayores eran más susceptibles, pero también algunos jóvenes morían y había viejos afortunados que superaban la peste sin grandes contratiempos. No fue su caso y lo sufría. Lo sufría mucho más desde que Oriana regresó a Santiago y quedó solo, sin nadie a quien ver ni con quien hablar, salvo la señora que le llevaba el almuerzo. Lo evitaba, procuraba no acercarse y le decía lo indispensable, siempre cubierta con la mascarilla. Él también se ponía mascarilla cuando ella llegaba, pero se la quitaba en cuanto partía. Por lo menos era buena cocinera.

Nunca había vivido, como ahora, en completa soledad. Siempre estuvo rodeado de gente; se definía de temperamento sanguíneo, un hombre de acción. Tuvo tiempo para repasar varias veces su vida. Se dio cuenta de que tenía tanto de qué arrepentirse. Intentaba consolarse diciéndose que cualquiera en su situación sentiría algo parecido, y que a fin de cuentas había vivido como pudo, igual que todos, procurando exprimir las satisfacciones que estuvieron a su alcance. Pero terminaba confesándose que pudo hacerlo mejor, sin dejar tanta basura en el camino.

Para contrarrestar las crisis depresivas disponía del panorama que se abría ante sus ojos. Desde la sala, donde se sentaba a leer, contemplaba la inmensidad del Pacífico y las olas mansas que llegaban demorándose a la arena. En ocasiones se asomaba a la terraza en la que había una mesa de cubierta redonda, cuatro sillas y cuatro maceteros con plantas de plástico encaramados en el muro del borde, que le llegaba a la cintura. Desde allí la visión del mar era más cercana y se alcanzaba a ver también parte del río, cuyas aguas no llegaban a mezclarse con las del mar,

nafragaban a distancia prudente; un brazo del río se extendía hacia el norte y se formaba un humedal que acogía a numerosas especies de aves, que no conseguía distinguir a la distancia. Las palomas y las gaviotas sí estaban cerca y las veía volar a la altura de sus ojos, a veces un poco más arriba o más abajo. Brindaban un espectáculo interesante y le causaban una curiosa envidia; habría querido volar como ellas, pero los propietarios tenían protegidos los ventanales con mallas de alambre grueso, seguro para evitar ideas como las que lo asaltaban. No se detenía mucho rato en la terraza, porque a la altura del piso dieciocho el viento soplaba fuerte, y regresaba al interior para abrigarse.

Desde la ventana del dormitorio y de la del escritorio, donde tenía su ordenador, observaba el río Aconcagua, atravesado por un puente que conducía a Quintero, y un amplio panorama de colinas verdes, árboles y pastizales, algunos cerros cercanos de la cordillera de la Costa, y más atrás, al oriente, las altas cumbres de los Andes, que parecían estar al alcance de la mano. *Nos tocó un lindo planeta*, se decía Pepe Ortega. Pero a menudo, cuando contemplaba el panorama, se distraía y terminaba mirando los vehículos incesantes que copaban los caminos, los que iban y venían de Quintero los más numerosos, pero también por las otras vías que desembocaban en la rotonda, desde Quillota y La Calera, desde Viña del Mar y desde Santiago. Todos de prisa, haciendo sonar las bocinas si alguno se demoraba. *¿Por qué los seres humanos estaremos siempre apurados?* se preguntaba Pepe. Y se daba cuenta de que él también había conducido su vida a toda prisa.

Tenía todo el tiempo del mundo para pensar y analizarse, a sí mismo y a los demás. Estaba leyendo una novela de Isabel Allende, que transcurría en Chiloé. Le gustaba la escritura de Isabel, a la que había conocido en sus tiempos de periodista. Pero no iba muy rápido en la lectura, quería prolongarla por el agrado que le causaba el escenario chilote, que conoció de cerca cuando hizo un reportaje al buque médico dental Cirujano Videla, muchos años atrás. De manera que en las mañanas revisaba las noticias en su computador, su diario y los competidores, y la prensa internacional. Después de almuerzo dedicaba un par de horas a la lectura, y enseguida se reunía consigo mismo, se miraba, se pedía explicaciones. También

escribía, pero sin el ánimo de publicar en el diario. Lo que escribía no eran precisamente noticias, más bien sensaciones íntimas que no sabía si podría comentar con alguien alguna vez.

3

Para qué hemos venido a este mundo

Por José Ortega

Alguien dijo esta torpeza: nacimos para morir. Y se repite a troche y moche sin percibir su contenido absurdo y falaz. Si naciéramos para morir, simplemente no naceríamos. Se nace para vivir. Y vivir significa crecer, desarrollarse, superar dificultades, ser feliz.

Nacimos, en definitiva, para la felicidad, Para descubrirla y conquistarla.

La gran equivocación del hombre de hoy consiste en salir a comprar felicidad al supermercado, a los malls y a las grandes tiendas.

La felicidad no está en venta. No se ofrece en escaparates ni en el brillo de letreros luminosos. No está fuera del ser humano sino dentro de él, como la semilla está dentro del fruto. Y la vida será plena y satisfactoria en la medida que el hombre busque y encuentre la semilla de la felicidad, que anida en su interior.

Lo demás, lo que adquiriera en las tiendas, el automóvil de último modelo, el refrigerador, el micro ondas, el equipo de música, el televisor y el video, el yate y el

aeroplano, todo, en fin, cuanto pueda comprar, le dará satisfacciones y comodidades, que son parte de un pasar grato, pero dista mucho de ser, por sí mismo, la felicidad. Comprar una corbata de seda italiana me podrá poner contento, pero no me hará feliz.

Las distintas edades del hombre lo ponen en contacto con realidades diferentes y le permiten explorar distintas gavetas de su alacena íntima. A los tres años dará pasos inseguros, emitirá balbuceos que preparan su mente para el complejo arte de pensar. A los diez habrá progresado y a los quince se sentirá dueño del mundo. Pero cuando llegue a los veinte empezará a aprender que el mundo es ancho y ajeno. Y luego alcanzará la madurez y será capaz de volver la vista atrás y revisar el camino recorrido y otear hacia el porvenir lo que resta por recorrer.

Entonces se dará cuenta de que lo importante no es lo que tenga, los bienes que haya conseguido acumular, sino lo que sea. Y comprenderá el sentido y el valor del amor. Lo primero es quererse a sí mismo. Lo segundo, querer a los demás. Y enseguida, conseguir que los demás lo quieran. Cada uno de estos pasos es requisito para el siguiente. Quien no se quiere no es capaz de querer a nadie. Y si no quiere a nadie, nadie lo querrá.

Una vida sin amor será siempre estéril, y su término, doloroso.

Por el contrario, la vida va a ser plena si está rodeada de amor. Si ha sido una siembra constante cuya cosecha se recoge día a día en el equilibrio y la paz espiritual. Así se podrá llegar serenamente al final. Y morir satisfecho.

Porque la muerte no es el sentido de la vida. Es solo un desafío más, otra incógnita, la postrera, para la cual no tendremos respuesta hasta que llegue. Mientras tanto, debemos responder a los desafíos de la vida. Porque hemos nacido para vivir.

El comisario Mandiola lo llamó a la mañana siguiente y le preguntó si había dormido bien.

-Razonablemente bien -respondió.

-¿No te tiraron ningún muerto anoche?

-Si tiraron alguno, lo hicieron en silencio. Yo no escuché nada.

-Es hartito misterioso el de ayer, todavía no lo han podido identificar.

-¿Y por qué te preocupa? No está en tu jurisdicción.

-Simple curiosidad, Pepito. Llamé a los colegas de Viña porque tú estás involucrado.

-Yo no estoy involucrado, Mauricio. ¿Qué estás diciendo?

-Tú eres la única persona que vio cuando lo lanzaron del auto. No hay ninguna pista ni nadie sabe nada, hasta las siete de la mañana en que los automovilistas comenzaron a llamar a Carabineros para informar que había un tipo botado en la calle. Nadie se detuvo ni se acercó a verlo hasta que llegó una patrulla de Carabineros a las siete veinte y avisó a la Brigada de Homicidios de la PDI. La víctima presentaba un balazo en el pecho, a la altura del corazón. Es un hombre moreno, de un metro setenta y siete, fornido, de entre treinta y treinta y cinco años, no portaba identidad, ni dinero, ni nada en los bolsillos. Se presenta misterioso el caso.

-Supongo que no querrás investigarlo tú. No te corresponde.

-No, claro que no. Pero me gustaría dar una vuelta por Viña del Mar para ver a los colegas de allá, hay algunos que trabajaron conmigo. Y aprovecharía de pasar a verte para conversar un rato. ¿Qué me dices?

-Para mí sería muy bueno. Aquí no tengo con quién hablar. Y he pensado tanto... ¿Sabes, Mauricio?, me parece que estoy llegando al final, y no creí que fuera a ser tan complicado.

-¿De qué final hablas, hombre? No te deprimas por un simple resfrío.

-El Covid es algo más que un resfrío, Mauricio. ¿Sabes a cuánta gente ha matado?

-Pero a ti no. Tú ya lo superaste. Ahora tienes que cuidarte y en un par de semanas estarás de regreso con el entusiasmo de siempre. Acuérdate que a mí me operaron de un cáncer a la próstata y aquí me tienes, todavía a cargo de la BH, cuando pensaba que por lo menos me iban a jubilar, si salía con vida.

-Ojalá yo consiga recuperarme, como tú, y vuelva a ser el de antes. Pero aquí solo, encerrado, sin ver a nadie, sin hablar con nadie, no es como para sentirse muy alegre.

-Me imagino, Pepito; pronto te voy a pasar a ver. Espero ir el domingo, ¿te viene bien? Podríamos almorzar frente al mar, y hablar largo de nuestros proyectos futuros. Porque yo tengo proyectos y tú también los tendrás. Creo que uno bueno sería que escribieras tus memorias; tienes mucho que contar de la época tan especial que nos tocó vivir, con cambios bruscos, ilusionados y dolorosos. El mundo está en una etapa de cambio significativo y nosotros hemos sido testigos y actores del cambio. Las comunicaciones no son lo que eran cuando comenzaste en el periodismo, ¿no es cierto? Entonces no había computación, ni televisión, ni celulares ni redes sociales que son hoy las que mandan. ¿O no es así, Pepe? ¿O el periodismo que sigues haciendo en tu diario es el mismo de cuando nos conocimos? ¿Hasta cuándo van a durar los diarios impresos?

-Espero que hasta que yo me jubile. Pero tienes razón. Ni el periodismo ni la vida son lo que eran. El mundo es otro y me estoy preguntando si tenemos cabida en él.

-Por supuesto que la tenemos, si estamos vivos y en posiciones importantes dentro de la sociedad. Tú eres director de un periódico de circulación nacional y yo soy jefe de la Brigada de Homicidios de Santiago, la más grande del país. ¡Despierta, Pepe! Y empieza a escribir tus memorias, quiero empezar a leerlas el domingo.

-Algo he escrito, pero no he pensado en dejar mis memorias. Solo para estirar las manos.

-Bueno, lo veremos el domingo, ¿te parece?

-Me parece, Mauricio. Hasta el domingo.

-Hasta entonces, Pepito. ¡Y arriba ese ánimo!

-Y entonces, de repente, estás muerto. No tienes conciencia del momento preciso en que se produce la muerte. Tu conciencia está adormecida. Has dejado de pensar. Ya no eres más que un dolor intenso que no soportarías si las enfermeras no te inyectaran cada cierto tiempo. Has ido perdiendo paulatinamente los sentidos, no ves el entorno de la habitación, ni la camilla en que estás recostado, ni las cánulas que te conectan con el suero y los medicamentos. No escuchas más que un ruido sordo, que te envuelve como una frazada; has dejado de entender lo que las enfermeras hablan entre ellas, a media voz, y que invariablemente guarda relación contigo, con el estado en que te encuentras. Lo sabes porque ha quedado archivado en algún rincón de tu cerebro cuando todavía funcionaba. Tampoco sientes los olores que deben impregnar el cuarto, olores a medicinas, a enfermedad, a muerte quizás. Sabes, desde que empezaste a empeorar y te trajeron a esa cama de la unidad de cuidados intensivos, que tienes Covid y puedes morir en cualquier instante, sabes que eso es lo más posible que acontezca, a tu edad. El virus es implacable con los adultos mayores. Pero todo eso que sabes muy bien ha ido perdiendo sentido poco a poco a medida que el tiempo avanza y la enfermedad progresa. Entonces llega un momento en que tú dejas de ser la persona que fuiste y te conviertes en un esfuerzo por respirar, conseguir que un poco de aire ingrese a tus pulmones es lo único válido para ti. No eres más que ese esfuerzo que no puedes dejar de hacer y el dolor tremendo que te trasmina desde la coronilla hasta las uñas de los dedos de los pies. Tu cabeza está inflada, a punto de reventar. Eso es lo que eres: el dolor, el afán de respirar y la explosión que te destruirá. Y de repente todo desaparece. El dolor se apaga, el aire ya no ingresa a tus pulmones, y sin que haya existido explosión, ya estás destruido. Estás muerto. Ya no sientes

nada. No existes. No hay túnel con luz blanca al final, ni voces celestiales, ni nada de nada. Lo que hay es precisamente eso. La nada total y completa, absoluta.

-Pero estás vivo -repuso con voz lenta el comisario Mandiola, que lo había escuchado en silencio, inmóvil.

-No lo sé -dijo Pepe Ortega, y la cabeza se le cayó sobre el pecho.

-Vamos, Pepito -la voz de Mandiola temblaba-, no dejes que la depresión te aplaste. Cada día te sientes un poco mejor que el anterior, ¿no es cierto? Pronto estarás como antes, y mejor aún, porque tienes una nueva experiencia, que muy pocos han pasado. Mira que acabas de contarme tu propia muerte. Te diré que yo, cuando pasé la operación, tenía claro que podía morir, pero no sentí nada de lo que tú me has dicho, porque me pusieron una anestesia y listo. Desperté como nuevo.

-De lo que yo te hablo es muy diferente de la anestesia, es apagarse, sentir que terminas, todo se acaba y ya no hay nada más, no solo no estás tú, no hay nada, simplemente nada. De eso no vas a despertar... A veces pienso que no he despertado, que estoy como en un sueño, y me pregunto si no habré muerto en realidad.

-¡Pepe! ¿Cómo se te ocurre? Vamos, hombre, hablemos de otra cosa, cuéntame del cadáver que te tiraron a medianoche hace unos días. ¿Sabes que no se ha podido averiguar absolutamente nada al respecto? Yo no he querido decirles a mis colegas que tú eres testigo del hecho, el único que existe, para que no te vengán a molestar. Pero tal vez puedas contarme algo y entre los dos consigamos aclarar el caso, como en los tiempos antiguos, ¿te acuerdas?

-¡Cómo no me voy a acordar! He recordado mi vida entera en estos días, y más de una vez. Y entre los recuerdos mejores está el crimen de Semana Santa, que resolvimos.

Ahora Pepe Ortega sonreía.

-Sí, pues, lo resolvimos tú y yo. El periodista y el detective, y el periodista en primer lugar -dijo Mandiola-. Tenías un empuje increíble y me contagiabas. A veces yo quería abandonarlo todo, hastiado por los procedimientos rutinarios y la burocracia con que funciona la policía. Contigo aprendí a superarlo y gracias a eso

me mantengo activo todavía; a mis años, soy el funcionario más viejo de la PDI, ¿lo sabías? ¡Yo creo que me mantienen como reliquia!

-Te mantienen porque eres eficiente. No por tu cara bonita, Mauricio.

-No, está claro que por eso no podría ser.

Ahora rieron ambos.

Estaban sentados, uno junto al otro, en el sofá de la sala, y a través del ventanal contemplaban el mar. Habían almorzado en casa, junto con Oriana, y Mandiola comprobó que la señora que le llevaba el almuerzo era en verdad una espléndida cocinera, sobre todo de especialidades marinas. Se lució con un ceviche de reineta y un pastel de jaibas. Oriana llevó un frasco de castañas en almíbar para el postre, pero no las había preparado ella, eran de una tienda de Santiago. Después del café, Oriana salió a comprar mercaderías que Pepe necesitaría la semana siguiente. Los dos continuaron conversando.

-Bueno, Pepito, cuéntame lo que viste aquella noche, con todos los detalles que puedas recordar.

-Yo estaba adormilado, Mauricio. Y lo menos que se me ocurría era que vería un crimen. Bueno, el crimen no lo vi. Se cometió en otra parte. El chofer del auto, que no sé si será el asesino, vino a botar el cuerpo aquí abajo, porque es un lugar de paso que a esas horas está desierto.

-¿Podemos verlo? -preguntó el comisario.

-Por supuesto, pero ten en cuenta que ahora es de día.

Se levantaron y Mandiola dio un paso hacia la puerta vidriada que los separaba de la terraza. Ortega lo atajó.

-No, vamos al dormitorio, de ahí fue que lo vi.

El dormitorio tenía una ventana amplia, de dos hojas que se deslizaban, con solo un vidrio cada una. Pepe le indicó que se parara junto a la cama, para que quedara justo en la posición que él tuvo aquella noche. Desde allí, el comisario consiguió una visión distinta del camino por el que llegó al edificio, un par de horas antes. Cuando uno va al volante de su coche está obligado a mantener los ojos fijos

en la carretera y al llegar a un cruce de caminos debe estar el doble de alerta. Así le había ocurrido a él, de manera que no consiguió imaginar lo que le interesaba, que era saber dónde y cómo había quedado el cadáver. Ahora que observaba desde la altura resultaba todo claro, y se apreciaba el jardín seco que mencionara Ortega y que él había confundido con el borde de la carretera. La rotonda era una circunferencia perfecta en cuyo centro se erguía un poste metálico coronado por un hexágono donde se ubicarían las luces para iluminar el sector. A la rotonda convergían cinco caminos, cada uno con pistas de entrada y salida, lo que significaba diez rutas, que a esa hora estaban todas transitadas por un número reducido de vehículos, en su mayoría automóviles. Él había llegado por la carretera desde Santiago, que estaba junto a las instalaciones de ENAP, la Empresa Nacional del Petróleo, una verdadera ciudadela con caminos, edificios y torres metálicas. Desde esa carretera era posible abordar otra con destino a Quillota, Calera y otras ciudades cercanas. Luego, avanzando por la rotonda, se accedía al puente que cruzaba el río Aconcagua, y por él se llegaba al puerto de Quintero. Los vehículos que venían desde Quintero podían acceder a la tercera salida, que empalmaba con el camino costero que bordeaba el mar hasta Viña del Mar. La cuarta salida también daba acceso al camino costero a los vehículos que venían desde Quillota y ciudades aledañas, y la quinta permitía ir al interior de Concón y continuar a Viña del Mar y Valparaíso, y seguir a Santiago por una ruta distinta a la que bordeaba la costa. Había varios jardines secos delimitando el paso por los distintos accesos a la rotonda, pero el más grande, al que evidentemente se refería Pepe Ortega, lo tenía justo frente a sus ojos, correspondía al acceso de quienes provenían de Concón y podían avanzar por la rotonda o dirigirse a la ruta hacia Santiago.

El comisario señaló con un dedo esta última dirección.

-Entonces fue aquí donde tiraron el cadáver.

-Sí, a unos seis o siete metros pasada la rotonda.

-Y tú estabas durmiendo, y te levantaste a mirar, por el ruido.

-Estaba quedándome dormido, y me levanté y me asomé a causa del escape libre del auto, que me despabiló. Lo vi detenerse, no apagó el motor; el conductor

se bajó, abrió la puerta trasera y sacó a un tipo tironeándolo por debajo de los hombros. Lo dejó con todo cuidado tendido en el suelo, por eso pensé que podía estar borracho, más que muerto, porque a un muerto lo tiras no más, como caiga, y te vas lo más pronto posible.

-¿Entonces no se fue al tiro?

-No, pues, el motor seguía sonando estrepitoso, pero el tipo parece que no lo escuchaba. Miró para todos lados, a ver si venía alguien, pero todos los caminos estaban vacíos. Entonces se subió al volante, con toda tranquilidad, y partió con su ruido infernal. Y yo volví a la cama echando maldiciones.

-De manera que partió a Santiago -dijo el comisario Mandiola.

-No necesariamente, por ahí se va también a Viña del Mar o a Valparaíso, y a Concón mismo.

-Tienes razón, y lo más probable es que sea de la zona, porque no tiene sentido venir a dejar la carga desde lejos, a no ser que tuviera especial interés en dejarte a ti el obsequio.

-No me hace gracia, Mauricio. No estoy para bromas.

-Discúlpame, Pepito. Lo dije por decir algo, porque lo cierto es que estoy pensando en el asunto. ¿Cómo era el auto? Ya sé que de aquí no viste la patente, pero ¿qué tipo de auto era?

-Era un sedán blanco, moderno. Y el conductor era joven, poco más que un muchacho, por la forma en que se movía, pienso ahora. Pero me parece que en ese mismo momento exclamé *¡chiquillo de mierda!*, porque estaba muy disgustado, Mauricio, de que no me dejara dormir. Tiene que ser muy joven, se me ocurre, al recordar ese momento y las reacciones que tuve.

-¿No has vuelto a ver el auto? Supongo que lo reconocerías por el ruido.

-Pero Mauricio, mírame cómo estoy. ¿Te parece que voy a preocuparme de mirar los autos que pasan por aquí? ¿Y tienes idea de cuántos son? Ahora, porque es domingo al comienzo de la tarde, se ven pocos. Pero los días de semana hay miles, van en todas las direcciones, copan los caminos, sobre todo en las horas *peak*.

-Me imagino. Yo estaba pensando más bien en la noche, porque fue cerca de las dos de la mañana cuando ocurrió, ¿no?

-¡Mauricio...! ¿Crees que voy a estar a medianoche mirando los autos que pasan?

-Pero viste ese, te bajaste de la cama para mirarlo.

-Claro, porque me estaba quedando dormido y me incomodó sobremanera el ruido del tubo de escape. Salté de la cama para ver al imbécil que metía tanta bulla. Fue una reacción de rabia más que de molestia. Pero todas las noches pasan vehículos ruidosos, por lo que me cuesta conciliar el sueño. No voy a estar mirando a cada uno, pues, Mauricio.

-Discúlpame, Pepito, si te molesto, pero pensaba que un caso tan extraño como este podríamos resolverlo entre los dos, como el crimen de Semana Santa o tantos otros en que participamos, haciendo cada uno lo suyo, yo investigando y tú informando y dándome ideas para llegar a la verdad.

Pepe Ortega suspiró y movió la cabeza.

-Mauricio, yo no estoy en condiciones. No puedo salir de este departamento. Cuando viene la señora a dejarme el almuerzo y hacerme la cama, tengo que ponerme la mascarilla y alejarme de ella; no le hablo, porque no me responde; procura estar lo más alejada de mí, no vaya a ser que la contagie, aunque el médico fue claro, ya no contagio a nadie. Pero todavía dudo de estar vivo.

-Ese es el tema, Pepito. Quiero que te convenzas de que estás vivo y de que eres uno de los hombres más inteligentes que he conocido. No quiero que te echas a morir. Y me interesa darles una mano a los colegas viñamarinos que llevan el caso y están muy perdidos. ¿Qué habrá detrás de este homicidio? ¿Te lo has preguntado?

-Por supuesto que no. Son otras las preguntas que me he planteado en mi convalecencia.

-Preguntas que te deprimen más y más, ¿no es así?

Ortega suspiró.

-Puede que sea así -admitió.

-Eso no es bueno, Pepito. ¿Por qué no haces un esfuerzo y aceptas mi proposición? A ver si conseguimos hacer algo entre los dos.

-No te das por vencido, ¿verdad, Mauricio?

-No. Nunca. Y eso me ha permitido resolver casos que parecían imposibles. Y muchos los resolvimos entre los dos, Pepe, recuérdalo.

-Sí, pero fue hace mucho tiempo, cuando yo cumplía otras funciones en el diario. Ahora soy el director, mis responsabilidades son otras, ¿y sabes?, no tengo ganas de volver. Era más feliz antes. Era joven, también, y estaban las conquistas... Ahora tengo que darme con una piedra en el pecho que Oriana me tolere y no me haya abandonado cuando no sirvo para nada.

-No se abandona a quien se ama, Pepe. Eso fue algo que nos llevó a muchas discusiones, cuando tú eras un picaflor y te burlabas de mí, siempre fiel a Laura. Nunca me interesaron otras mujeres porque en ella encontraba todo lo que necesitaba para ser feliz. ¿Y sabes?, sigo siendo un hombre feliz.

-Yo no soy feliz a tu manera, Mauricio. Habiendo tantas mujeres, es un desperdicio dedicarse a hacer feliz a una sola. Sigo pensando lo mismo. Pero ahora que he examinado mi vida una y otra vez, veo que en el fondo no he sido feliz, no me siento a gusto conmigo, y sobre todo, echo de menos a mis hijos. Ninguno creció a mi lado y los siento lejanos y ajenos. Claro, no podía ser de otra manera, ninguno de ellos ha preguntado por mi salud en este trance. Solo tengo a Oriana, ¿pero, hasta cuándo?

-Oriana estará siempre contigo, Pepe. No te preocupes, ella es como yo, no como tú.

En ese momento la puerta se abrió y entró Oriana, con una bolsa en cada mano.

-¿De qué hablaban? -preguntó.

-Precisamente de ti -respondió Mauricio Mandiola.

-Sí -confirmó Pepe Ortega-. Le estaba diciendo a Mauricio lo difícil que es para mí permanecer aquí, sin ti a mi lado. Lo cierto es que quisiera volver hoy mismo contigo a Santiago.

-¡Pero cómo se te ocurre, Pepe! -protestó ella-. Tú sabes lo contaminada que es la atmósfera santiaguina, y el médico explicó, muy claramente, que necesitas estar en un lugar con aire limpio para recuperarte.

-Pero es que ya no aguanto más, querida. Yo no estoy hecho para vivir aislado, solitario, sin nadie con quien hablar. No te imaginas lo que sufro aquí encerrado.

-Aguanta otra semana más, para que tu aparato respiratorio se recupere otro poco y tal vez el próximo domingo puedas volver conmigo. Lo consultaré con el médico.

-Es que ya estoy bien, Oriana, me siento perfectamente y no tengo el más mínimo problema respiratorio.

-Solo una semana más, Pepe. Ni tú ni yo queremos que pases otra vez por lo que acabas de pasar.

-Ni por lo que estoy pasando aquí.

Entonces interrumpió Mandiola:

-Deberías armarte de paciencia y darte una semana más para respirar aire limpio, Pepito. Una semana pasa a volando y si tanto te aburres, yo te puedo dejar un encargo para que te distraigas en algo útil.

-¿Ves, Pepe? Una semana pasa volando, como dice Mauricio. Haznos caso.

-Está bien, pero el domingo próximo vuelvo contigo a nuestra casa.

-Ahora tenemos que seguir hablando tú y yo, Pepito -dijo Mandiola.

Oriana entró con sus bolsas a la cocina y los dos hombres volvieron a sus asientos en el sofá, frente al océano.

-Contempla el panorama, Pepito-. ¿No te da pena perder este paisaje maravilloso?

-Para mí las personas siempre han sido más importantes que los escenarios -repuso Ortega, y enseguida preguntó: -Bueno, ¿qué es lo que quieres encargarme?

-Entre los dos vamos a resolver este caso que se presenta insoluble, Pepe. Lo único que tenemos para empezar es un automóvil sedán, blanco, con escape libre, del año o de uno o dos años de antigüedad como máximo, cuyo conductor -

digamos propietario- es residente de este lugar o de sus vecindades, ¿estamos de acuerdo? El coche venía del interior de Concón y tomó la ruta hacia Santiago, por la que también se llega a este pueblo, a Viña y al puerto, ¿voy bien?

-Lo que dices hasta aquí es razonable, pero ¿qué ganamos con eso?, ¿qué se supone que yo debo hacer en los días de castigo que me impones?

-¡Días de castigo! ¡Por favor! No sabes lo que yo daría por pasar una semana disfrutando las vistas de este departamento.

Está bien, procuraré disfrutar la semana. ¿Pero qué esperas que haga?

-Lo único que es posible por el momento: vigilar desde tu ventana por las noches, cuando dices que pasan los coches con escape libre, e identificar por su patente a uno de color blanco.

-Pero tú te das cuenta que es imposible apreciar la patente de un coche desde aquí arriba.

-Para eso te dejaré unos prismáticos que te serán de gran ayuda. ¿Te parece?

-Me parece que quieres correr un albur, porque aun cuando yo consiga identificar la patente de un automóvil con esas características, no sabremos si efectivamente será el mismo de la otra noche. Y no pretenderás que baje a detener al conductor.

-No te preocupes, solo tienes que anotar la patente y dármela con la mayor prontitud. De ahí para adelante me encargo yo.

-Está bien, si es lo que deseas. Pero te aseguro que no llegaremos a ninguna parte.

SEGUNDA PARTE

-Ya está bueno que ustedes aprendan a hacer bien las cosas. No esperarán que nosotros tengamos que venir a rescatarlos otra vez, como ocurrió con el “hombre de la leche” -dijo Burt Samuels.

Hacía apenas un momento les había reiterado que la elección de Salvador Allende en 1970 era la página más negra en la historia del país. Y había ridiculizado a Allende llamándolo “el hombre de la leche”, porque les recordó que en la campaña prometió que en su gobierno todos los niños recibirían medio litro de leche cada día, para que crecieran robustos y sanos. ¿Cómo pueden haber sido tan estúpidos para dejarse engañar por una patraña como esa? Tuvimos que venir nosotros para que pudieran sacar al hombre de la leche.

-Pero lo sacaron nuestros soldados, con mi general Pinochet a la cabeza - replicó Eduardo Magro, el más joven del grupo.

-Además -dijo Alfredo Maldonado-, antes de la elección de Allende, fue asesinado el comandante en jefe del Ejército. Los asesinatos no son una buena medida política. Es lo que pensamos nosotros. Los chilenos creemos en la democracia.

-Nosotros inventamos la democracia en la que ustedes creen -dijo Burt Samuels, con acritud.

-¡Vaya! -exclamó Maldonado- Yo estaba convencido de que la democracia era invento de los griegos.

Alfredo Maldonado era militante de Renovación Nacional y tenía formación política, a diferencia del resto de los muchachos, que eran inexpertos y escuchaban a Samuels como a un oráculo.

-En todo caso -dijo Magro-, esta vez no va a suceder lo de 1970. Todos los analistas vaticinan que la elección será a dos bandas y que serán los alcaldes quienes jugarán el rol decisivo. La pelea va a darse entre Joaquín Lavín, alcalde de Las Condes, y Daniel Jadue, alcalde de Recoleta. Y Lavín va a ganar por paliza.

-¿Ah, seguro?- Samuels utilizó un tono burlesco-. Allende era socialista.

Jadue es comunista. Más peligroso aún.

-Por eso -afirmó Magro-. La gente no va a votar por un comunista. De ninguna manera.

-Lo que usted dice no son más que vaticinios. No está dicha la última palabra. Y les insisto, deben prepararse para actuar sin vacilaciones.

Burt Samuels era estadounidense y se presentó como agente de la CIA. Dijo que varios agentes estaban en Chile para aleccionar a los partidarios del continuismo de la política del presidente Piñera, que veían en peligro porque sus últimos meses como gobernante no habían sido de lo mejor y en Estados Unidos creían muy posible que la próxima elección la volviera a ganar un izquierdista. Y eso no podía ser. No era bueno para nadie. De manera que había que prepararse para la acción.

-Claro que trabajaremos para que gane la derecha, pero eso no significa que preparemos acciones armadas -dijo Maldonado. Confiamos en ganar con el voto, no con los fusiles.

-Mi misión consiste en plantearles cómo vemos nosotros la situación de su país e instarlos a que se preparen en todo sentido, no solo con los votos. Porque pueden perder.

-No se preocupe míster Samuels, no vamos a perder -dijo Maldonado.

-Y también vamos a estar preparados si en las urnas sucede lo peor -agregó Eduardo Magro-. No se preocupe, míster Samuels.

Magro era esmirriado y de escasa estatura, lo que lo hacía parecer menor de los veintiún años que decía tener. Lo único poderoso en su físico era la nariz.

En algo tuvo razón el agente, o presunto agente de la CIA, Burt Samuels. Las afirmaciones de Eduardo Magro, que los demás compartían, eran simples vaticinios hechos por los analistas políticos. La elección presidencial no se iba a dar entre dos alcaldes. En las primarias de los partidos de derecha para designar al candidato que los representaría, Joaquín Lavín, quien supuestamente sería el próximo presidente de la República, obtuvo apenas el 31 por ciento de votos; fue derrotado por Sebastián Sichel, que consiguió el 49 por ciento. Sin embargo, surgió otro candidato derechista, José Antonio Kast, un diputado que acababa de abandonar el partido de la Unión Demócrata Independiente, el de Lavín precisamente, por considerarlo tibio, para formar el partido Republicano, que lo nominó su candidato presidencial el 23 de agosto de 2021. Kast, miembro de una familia de ascendencia alemana, a la que los izquierdistas acusaban de haber trabajado junto a Hitler en la época de la Segunda Guerra Mundial, lideraba el sector ultra de la derecha económica y política. Se visualizaba como el mejor guardián de las billeteras más bien provistas del país. En la otra ala, la izquierda, el alcalde comunista Daniel Jadue consiguió el 39,57 por ciento de los sufragios en las primarias y fue superado por el joven diputado Gabriel Boric, quien obtuvo el 60,43 por ciento. Boric había sido dirigente estudiantil y junto a sus compañeros de otrora integraba el partido Convergencia Social, que junto a otros grupos de avanzada dieron forma al Frente Amplio. De manera que los candidatos a la presidencia de la república no serían Lavín y Jadue, sino Kast y Boric, y el primero aparecía con la mejor opción. De hecho, en la primera vuelta de la elección presidencial, realizada el 21 de noviembre de 2021, Kast obtuvo la primera mayoría, con el 27,91 por ciento de los votos emitidos, con lo que superó a Boric, que solo consiguió el 25,83 por ciento de los sufragios. Hubo otros cinco candidatos, con votaciones menores, por lo que debió

llamarse a una segunda elección entre Kast y Boric, que obtuvieron las dos primeras mayorías.

Así las cosas, el presunto agente Burt Samuels y sus hipotéticos mandantes en Estados Unidos, así como los jóvenes a quienes aleccionaba en la Quinta Región de Chile, podían estar tranquilos. Pero el mensaje de Samuels era precisamente que no se podía estar tranquilo, sino que había que prepararse para la acción. Y también en eso tuvo razón, porque en la segunda elección, el domingo 19 de diciembre de 2021, el triunfo fue para Gabriel Boric, con el 55,87 por ciento de los votos, contra el 44,13 de Kast.

En la primera vuelta participaron siete millones ciento catorce mil ochocientos ciudadanos. En la segunda, los votantes subieron a ocho millones trescientos sesenta y cuatro mil quinientos treinta y cuatro.

8

-Burt Samuels tenía toda la razón -dijo Eduardo Magro-. Gabriel Boric va a ser el próximo presidente.

-¡Por la puta! -exclamó Vicente Carrasco- ¿Cómo pudo perder Kast?

-Muy sencillo -le respondió Ángel Donoso-, porque ellos son más que nosotros.

-¡Cómo puede haber más izquierdistas que personas sensatas en Chile! -insistió Carrasco.

Y otra vez Donoso:

-Porque hay más pobres que ricos.

-Pero nosotros no somos ricos...

-¡Ah, no! ¿Cuánto cuesta tu auto?

-Mira, Angelito, hoy en día cualquier patipelado tiene auto en Chile.

-Eso es cierto -dijo Magro-, el número de vehículos aumenta de año en año. Lo primero que hacen los jóvenes cuando empiezan a trabajar es comprarse un auto. Antes, ahorran para una casa.

-Claro, la vida ha cambiado y las prioridades de la gente también. Es cierto que mucha gente tiene auto, pero no los que tenemos nosotros... - Donoso.

-A propósito -Miguel Montero-, ¿por qué no vamos a echar una carrera esta noche? Desde el año pasado que no lo hacemos.

-El año pasado fue hace dos semanas, pues Montero.

-Y en año nuevo no íbamos a estar echando carreras.

-Además, hemos estado preocupados de la elección -Magro-, y de escuchar a Burt Samuels. ¿Y dónde se habrá metido?

-¿Ustedes creen que es agente de la CIA? -preguntó Ángel Donoso.

-Claro, ¿por qué no? -Magro.

-¿Tú crees que la CIA va a mandar un agente para que venga a hablar con nosotros? ¿Qué pito tocamos nosotros?

-Somos jóvenes, nos pertenece el futuro.

-Claro que somos jóvenes, Eduardo, y harto huevones para creer que la CIA va a mandar un agente para hablar con nosotros, en lugar de con los políticos organizados o directamente con los milicos. Mira que nosotros vamos a dar un golpe de estado...

-¿Y por qué no? Se trata, si le entendí bien a Samuels, de eliminar a Boric para que no asuma la presidencia.

-¿Y tú le vas a pegar un tiro?

-¿Pero ustedes en qué mundo viven?, ¿que no escuchan las noticias? Chile está lleno de extranjeros, por si no se han dado cuenta. Han llegado miles de venezolanos, peruanos, haitianos y colombianos, que por cuatro pesos hacen cualquier pega. Entre otras, asesinar gente. Son los sicarios y ya han actuado aquí mismo, en Concón, ¿no lo recuerdan? Contratamos a uno y listo.

-¿Qué se habrá hecho Samuels, digo yo? ¿Dónde se habrá metido? -indagó Julio Garay, que se había mantenido en silencio escuchando a sus amigos.

-Habrá regresado a los Estados Unidos. Si la elección ya se hizo y su pega consistía en contactar con nosotros y decirnos lo que tenemos que hacer. Ahora, Eduardo Magro se encargará de hacerlo. Nosotros reunimos la plata, ¿les parece?

-¿Y Maldonado? -inquirió Magro- También desapareció Maldonado. No se habrá ido a Estados Unidos con Burt Samuels.

-Por supuesto que no. Acuérdate que siempre rebatía a Samuels, porque él cree en la democracia de los griegos, no en la de los gringos -dijo Ángel Donoso-. ¿Y cómo no iba a creer, también? Me dijo el otro día que en su partido le preguntaron si quería ser candidato a diputado en las próximas elecciones.

-Para eso falta mucho, si se acaba de elegir a los diputados y senadores, junto con las presidenciales.

-Pero los políticos ya se están preparando para la próxima, de eso viven, pues. Y según Maldonado, se requieren nombres y caras nuevas para convencer a los nuevos electores.

-¿Y habrá nuevos electores? -preguntó Eduardo Magro.

-Puede que sí; ahora el voto es obligatorio y no voluntario, como antes.

-A ver, de los cinco que estamos aquí, ¿alguno votaría por Maldonado?

-Yo, pues -dijo Donoso-. Mal que mal lo conozco, y entre darle el voto a un conocido o a un extraño, no tengo cómo perderme.

-Yo también -apuntó Vicente Carrasco-. Sabemos que Maldonado piensa como nosotros.

-Yo voto por él -dijo Miguel Montero.

-Y yo -se sumó Julio Garay.

-Sí, tienen razón -convino Magro-. También tendrá mi voto. Pero eso será dentro de cuatro años. Y ahora... tenemos que actuar ahora, para que el país no se hunda en los próximos cuatro años.

-Bueno, tú dijiste que podías conseguir un sicario por cuatro pesos, para que lo salve.

-Y lo voy a hacer, por supuesto que lo voy a hacer.

TERCERA PARTE

9

Cuando el comisario Mandiola bajó a buscar los binoculares que traía en el automóvil, sabía perfectamente que resultaba imposible que, aun con ellos, Pepe Ortega pudiera leer la patente de los coches que circulaban dieciocho pisos más abajo de su punto de observación. Y Pepe también lo supo, antes de recibir los anteojos que, ceremoniosamente, le entregó Mandiola.

-Gracias, Mauricio -dijo, sin embargo.

-Espero que de algo te sirvan -comentó el comisario.

Y Pepe, con énfasis:

-Sí me van a servir; ya lo creo que me van a servir.

Entonces el comisario supo que su amigo estaba convencido e iba a colaborar en la investigación que aún no comenzaba, y sonrió satisfecho.

Más tarde, cuando emprendió el viaje de regreso a Santiago, con Oriana de pasajera y la noche ya declarada, le dijo a su amigo, al despedirse:

-Bueno, Pepito, el domingo que viene te vendré a buscar, para que vuelvas a casa.

-Te estaré esperando, Mauricio. Y voy a aprovechar esta semana.

Las palabras de Ortega podían entenderse de varias maneras. Oriana les dio su interpretación:

-Respira todo el aire marino que puedas, que luego lo vas a extrañar.

Mandiola no dijo nada, pero el apretón de manos con su amigo hablaba de otro asunto, harto diferente.

Cuando quedó solo, Pepe Ortega fue al escritorio y observó por la ventana el camino por el que pasarían el comisario y Oriana. Enfocó los binoculares, pero no consiguió centrarlos en un vehículo en particular. Los coches pasaban rápidos, desaparecían del campo visual antes de que pudiera definir sus particularidades.

Esto no me va a servir para nada, pensó. Por lo menos desde aquí arriba. Claro que ya es hora de bajar a la tierra. Dejó los lentes encima del escritorio y fijó la mirada desnuda en el camino. Así tuvo una apreciación más clara de la realidad: pocos vehículos, ninguno a velocidad excesiva ni con escape libre. Es que es domingo, se dijo. Las noches de domingo eran las más tranquilas de la semana, en las que le resultaba más fácil conciliar el sueño. Encendió el computador, pero lo apagó antes de que se iluminara la pantalla. Aprovecharía de dormir a gusto. Mañana sería un día de mucha actividad, como no los tenía desde antes del dichoso Covid.

Lunes 7 de marzo de 2022

Al día siguiente se levantó más temprano que de costumbre. A las nueve y media ya había tomado la taza de café, acompañada con las galletas de vino que le había dejado Oriana. Pensó entonces en Oriana y en la diferencia que experimentaba en su relación con ella, comparada con las numerosas compañeras con las que había convivido anteriormente. La primera fue una española, con la que tuvo un hijo, al que llamó Antonio, el nombre de su abuelo, a quien no conoció. Nada más sabía de él lo que le escuchó decir a su padre, natural de Santander, en la Cantabria. Antonio, el viejo, se dedicaba a la pesca, tenía una flotilla de botes pesqueros y explotaba a los hombres de mar que trabajaban a sus órdenes. Su padre se llamaba Manuel y el viejo Antonio lo había destinado para el servicio eclesiástico. Lo educó para cura, pero Manuel, su padre, ni siquiera creía en Dios. Sin embargo, en aquellos años,

los hijos agachaban la cabeza y acomodaban su vida al mandato paterno. De modo que estudió en el seminario, y le fue bien. Eran los últimos años del siglo XIX y estaba ya a punto de cantar misa cuando en una reunión familiar, en su casa, su tío Benedicto, al llegar, lo abrazó estrechamente y le dijo: “Te felicito, Manuel, porque has sido capaz de hacer lo que yo nunca me atreví”. Todos entonces los miraron en silencio. Benedicto era hermano menor de Antonio y su padre lo había destinado al sacerdocio. Manuel se apartó de su abrazo y caminó hacia la puerta de calle; la abrió con suavidad, mientras Antonio exclamaba:

-¡A ver! ¿Qué estás diciendo?

Manuel no escuchó más. Abrió la puerta y desapareció.

Benedicto se había topado con él, en la calle, el día anterior, y se sorprendió al verlo con ropa civil. Pero no tuvieron ocasión de conversar. Manuel, como hacía todos los días, salía de su casa, en el segundo piso, con sotana, y entraba en las dependencias de la portera, donde dejaba la sotana y el alzacuello, que volvía a vestir al regresar, cuando comenzaba la noche. Durante el día, empleaba el tiempo en trabajar en una empresa naviera que hacía viajes a los países sudamericanos, en participar en las reuniones del Partido Socialista Obrero, que se estaba organizando y se preparaba para reemplazar la monarquía por una república de izquierdas, y en visitar a su novia, con la que estaba ya comprometido para casarse, aun cuando sus familiares no tenían idea de ese proyecto.

Esos antiguos recuerdos, que ni siquiera eran recuerdos suyos, sino de su padre, hicieron reír a José Ortega.

-Pepe, Pepe -se dijo en voz alta-, estabas pensando en Oriana... y mira a lo que has llegado.

Su relación con Oriana le resultaba muy distinta a las anteriores. En primer lugar, porque nunca había pensado en tener hijos con ella. Los tuvo con cuatro de sus compañeras, y la primera fue la española. Se llamaba Macarena, pero nunca la llamó por su nombre. Era simplemente la española y así la conocieron sus amigos. Una mujer de carácter, a la que no le interesaba el matrimonio. Tenía el cabello

rubio, los ojos verdes y hablaba con el acento que su padre, Manuel, conservó hasta el fin de sus días, a pesar de que vivió más años en Chile que en España. Lo que sucede es que uno aprende a hablar cuando tiene dos o tres años y lo que aprende a esa edad no lo olvida en el resto de su vida, aunque dure doscientos años. La española tampoco lo olvidó y el hijo que tuvo con Pepe, que se llamó Antonio, aprendió también a pronunciar las eses, las ces y las zetas como su madre, pero lo olvidó pronto cuando alternó con los chilenos, en la calle y en el colegio.

Su historia con la española duró poco. Entonces Pepe tenía recién veinte años y el mundo estaba lleno de mujeres hermosas y jóvenes que iba intercambiando mes a mes, semana tras semana. Cuando estaba cerca de los treinta, se casó. Su esposa se llamaba Patricia. En el momento del matrimonio tenía ya cinco meses de embarazo, y entonces él, claro, la reemplazó por otra, de nombre Julia, y pasó cinco o seis años saltando de una a la otra. Tuvo dos hijos con cada una, hombre y mujer en ambos casos. Después de los cuarenta olvidó a las dos mujeres y a los cuatro hijos, encandilado por Sara, que aún no cumplía veinte años y con ella permaneció seis años y tuvo su sexto hijo, al que llamó José Manuel. No hubo más hijos, pero sí muchas mujeres, hasta que llegó Oriana a su vida. Entonces había hecho una carrera exitosa en el periodismo, era subdirector de uno de los diarios de circulación nacional con mayor número de lectores, y a pesar de que seguía admirando la belleza de las jovencitas, estaba hartito más tranquilo y se daba cuenta de que ya no resultaba tan atractivo para ellas, de manera que comprendía que Oriana era la mejor compañera que podría conseguir y no pensaba en buscar sustitutas; tampoco en tener hijos con ella. Un hijo, inevitablemente, sería un competidor en el interés de Oriana. Además, ya tenía suficientes y nunca se había preocupado de ellos. Recién había comenzado a extrañarlos; le habría gustado verlos en la clínica, cuando creyó que se moría sin nadie a su lado, salvo las enfermeras, tan eficientes como ajenas. Pero en ese momento preciso en que se encontraba, avanzando hacia el dormitorio en pos de la mascarilla anti Covid, se dijo que tener un hijo con Oriana sería lo último que se le ocurriría, porque no iba a conseguir más que apartarla de su lado. Y la necesitaba como no había necesitado

a ninguna de sus compañeras anteriores, porque nunca antes, tampoco, había alcanzado la capacidad de sentirse tan solitario como ahora.

11

Bajó a la calle Maroto, avanzó en dirección a la rotonda y dobló a la derecha. Eran sus tierras, las que divisaba desde la altura, pero que no había pisado hasta ese instante. Se cruzó con personas a las que veía a diario en las dos semanas recientes y con quienes no había cambiado una palabra. A veces se entretenía imaginándoles vidas, ¿a dónde irían?, ¿de dónde vendrían?, ¿qué buscarían allí? Eran tipos corrientes, hombres y mujeres de trabajo, muchos de ellos extranjeros, algunos negros, posiblemente llegados de Haití, que transportaban carritos repletos de caramelos, chocolates y galletas que ofrecían a los automovilistas. Sentía que los conocía y su deber era saludarlos. Empezó entonces a inclinar la cabeza y se sorprendió de la reacción de ellos: Buenos días, señor, ¿cómo está, señor? Utilizaban una tonalidad servil, que le causó molestia. ¿Por qué, si él no era su patrón, ni mucho menos su explotador? Él no valía más que ellos. Ningún ser humano vale más que otro. Todo depende del lugar en que lo sitúen sus acciones. Y a él, las suyas lo habían llevado a un lugar de privilegio.

El lugar en que ahora se encontraba debería decirle mucho, pero ignoraba qué, y dónde debía buscar las explicaciones. De modo que, al llegar a las mesas y sillas de plástico que aguardaban en la vereda el paso de los transeúntes, se sentó en la primera con que tropezó y miró a la muchacha que terminaba de acomodar el mobiliario. “Ya voy”, le gritó la chica, sin mucha consideración. Pepe divisaba desde la ventana del escritorio las sillas y mesas protegidas del sol por toldos con publicidad de Coca Cola, pero nunca imaginó que se sentaría en ellas. Entonces reparó en el nombre del local, escrito con caligrafía vacilante sobre la puerta de

acceso: La Reina Margarita. Y le dio risa, pero no lo sorprendió. Los chilenos buscan nombres de abolengo para bautizar los sitios en que rellenan las tripas. Recordó, de su primera juventud, a Don Lalo, el Rey del Pescado Frito, que gozó de renombre en Santiago, y a varios locales que, en distintos barrios de la capital, compartían el rótulo de Rey del Mote con Huesillos. Seguramente la dueña, o la esposa del dueño de este condominio callejero, sería una rolliza descendiente de mapuches a la que habrían llamado Margarita, acaso por imposición del cura que bautizaba a los hijos de los inquilinos. Y ni ella, ni su esposo ni ninguno de sus conocidos, sabrían de alguna dama con la que compartía el nombre, que hubiese reinado en alguna monarquía europea tres o cuatro siglos atrás, ni menos estaría al tanto de que en su mismo tiempo lucía corona sobre sus cabellos la soberana de Dinamarca, llamada Margarita, como ella. Pero estaba claro que resultaba mucho más atractivo para el apetito y la sed de los conconinos sentarse a la mesa de La Reina Margarita que de la simple Señora Margarita.

La mesera estaba de pie a su lado y lo observaba con una amplia sonrisa. ¿Habría sabido lo que yo estaba pensando?, ¿se estará riendo de mí? La miró muy serio. La muchacha le preguntó:

-¿Qué se va a servir el señor?

-Café -dijo- Y ahora sonrió él, diciéndose: Podrán llamarse reinas de lo que quieran, menos del idioma.

-¿Café de máquina, o Nescafé? -preguntó la muchacha.

-De máquina, por supuesto.

-¿Expreso, americano, cortado o capuchino?

-¡Vaya! -se sorprendió-. ¿Y cuál sería la diferencia entre el expreso y el americano?

-El expreso es más fuerte, señor, el americano lleva más agua.

-En efecto -dijo-; veo que sabe lo que vende.

-Es mi obligación, señor.

-¿Y cómo se le ocurre ofrecerme Nescafé, entonces?

-Hay clientes que lo prefieren, señor, y hay gente que no puede tomar café de grano. Pero, ¿de cuál va a querer usted?

-Tráeme un cortado doble, con solo una gotita de leche. Y si me lo puedes acompañar con galletas de vino.

-Aquí, señor, vendemos vino embotellado y en caja, pero no en galletas.

Con la chichita que me estoy curando, pensó Pepe. Y pensó, también, que esa chica era bien despierta, seguramente observadora, conocedora del lugar y podría resultar una informante valiosa.

-A ver... ¿Con qué puedo acompañar, entonces, un buen café?

-Puede ser un sándwich, señor... De jamón, o de queso, o de jamón y queso. O bien de palta, si lo prefiere.

-Eso... eso me parece bien. Un par de tostadas con palta.

Al volver la muchacha con el pedido, Pepe le dijo:

-Das un buen servicio. ¿Cuál es tu nombre, niña? Tal vez tú seas la Reina Margarita.

-¡No, señor! Yo, de reina, no tengo nada.

-La reina será la dueña, supongo.

-No tengo idea de quién será, pero le puedo decir que aquí no hay dueña, sino dueño.

-No me digas que se llama Margarito.

-No, es don Pepe.

-Vaya, igual que yo.

-¿Usted se llama José?

-Sí, José Ortega, y soy de Santiago. Llevo dos semanas viviendo aquí, en el piso dieciocho de ese edificio, para reponerme del Covid.

-Así que lo pilló la peste.

Pepe había imaginado que le costaría entablar un diálogo coherente con la mucama, pero le estaba resultando muy sencillo.

-Ya estoy repuesto y el domingo que viene regresaré a Santiago.

-Aquí no ha habido mucho contagio; en Viña y en Valparaíso, sí, pero en Concón hemos pasado colados.

-¿Has sabido de clientes tuyos que hayan enfermado?

-Un puro señor, de los que vienen por la tarde. Pero de la gente que pasa en las mañanas, nadie.

-¿Vienen distintas personas en la mañana y en la tarde?

-En las mañanas es gente de paso. A almorzar vienen muchos trabajadores de por aquí cerca...

-Tal vez de la Enap, que está al frente...

-No son de ahí -dijo la muchacha-. Hay muchos otros lugares en que trabaja gente por aquí, no se crea usted. Pero después de las seis de la tarde tenemos la mayor cantidad de público, son trabajadores que terminan la jornada y vienen a tomar cerveza.

-¿A ellos los ubicas bien?

-Sí, también a los que vienen a almorzar. Y dígame, señor don José, si usted está viviendo aquí arriba, ¿cómo es que no ha bajado nunca a almorzar?

-Es que viene una señora, a traerme el almuerzo y asear el departamento. Y dime cómo te llamas, porque tú ya sabes que yo soy José, pero yo no sé nada de ti.

-¿Y qué quiere saber?

-Pues, nada. Solamente cómo tendría que llamarte.

-Inés.

Pepe Ortega retiró ligeramente la taza de café y, engolando la voz, recitó:

-Doña Inés del alma mía,
Luz de donde el sol la toma,
Hermosísima paloma
Privada de libertad...

-¿Conocías esos versos?

La chiquilla rio.

-¿De dónde los sacó? -preguntó.

-Son de Don Juan Tenorio, el burlador de Sevilla, un famoso personaje del teatro español.

-¡Ah, yo en mi vida he ido al teatro!

-¿Nunca has visto una obra teatral? ¿No has oído hablar de Don Juan Tenorio?

La chica movió la cabeza negativamente.

-Aquí, cuando mucho, tenemos la televisión y lo más que transmiten son partidos de fútbol.

-Bueno, bueno, Inés. Deberías ir al teatro, alguna vez. ¿Tú prefieres trabajar en la mañana o en la tarde? Porque el personal hará turnos, me imagino.

-¿Turnos? Aquí abrimos a las diez y media de la mañana y seguimos hasta que las velas no ardan.

-¿Cómo es posible? ¿Les pagan horas extras?

-Sí, a veces, cuando se hace muy tarde.

-¿A qué hora cierran, habitualmente?

-A las nueve, nueve y media a más tardar. Después no anda nadie por aquí.

-No me digas. Yo creo que anda mucha gente, durante toda la noche. Te diré que hay noches en que no consigo dormir por el ruido que meten.

-¿Y quién va a meter tanto ruido?, si le digo que a las diez esta calle está desierta.

-Más tarde empieza la fiesta, y como a las doce parece que hacen carreras de motos y de autos sin tubo de escape. ¿No sabías eso?

-No; primera noticia que escucho.

-¿Entonces La Reina Margarita está cerrada después de las diez de la noche?

-Seguro.

-¿Y quedará otro negocio abierto?

-Me parece muy difícil... No veo más negocios por aquí.

-¿Así que no sabes dónde se reúnen los que vienen a correr en auto?

-No tengo la más remota idea. Y nunca he sabido que hagan carreras de autos...

Martes 8 de marzo de 2022

El martes, pasadas las siete de la tarde, Pepe Ortega llamó al comisario Mandiola para decirle lo mucho que le habían servido los prismáticos que le dejó.

-¡Ah... sí! ¿Te sirvieron, Pepito? ¿Tienes ya la patente del auto blanco?

-¡Qué auto!... ¡Qué patente, Mauricio! Me sirvieron para mirar las aves en el humedal de la desembocadura del Aconcagua.

-No me digas que todavía no has ubicado el auto.

-Mauricio, tal como te había dicho, ubicar ese auto es imposible. ¿Pero me vas a creer? Lo he intentado. He salido del departamento y recorrido el sector y hablado con los vecinos. Y nadie tiene conocimiento de que se hagan carreras de autos en la noche. Más aún, no hay ningún lugar en que se puedan reunir los pilotos. El único negocio que hay aquí abajo cierra a las nueve de la noche, y de ahí en adelante no anda nadie por la calle, salvo los que pasan en vehículo. Bastantes camiones, hartos bulliciosos te diré; el domingo casi no transitaron automóviles. Anoche sí, pero sin escape libre, y sin echar carreras. De manera que no hay nada que hacer. En cambio, he aprovechado de caminar en el día y te digo que visité el humedal, que está muy bien mantenido por la ENAP, y es una maravilla la cantidad de aves que se reúnen. Algunas vienen de Canadá, imagínate cuántas horas deben volar. Y en esta época es cuando empiezan a partir, ya deben estar preparando el regreso. Deberíamos ir a verlas el domingo, con Oriana y Laura; te aseguro que vale la pena.

-No lo dudo, Pepito, no lo dudo... Pero acuérdate que hay un crimen, y yo soy policía. No puedo olvidarme de eso.

-Tienes razón, pero la vida no puede ser solo trabajo. Te lo digo yo, y tú sabes que soy trabajólico. Tanto, que voy a continuar vigilando todas las noches a ver si aparece el dichoso auto blanco.

-Ojalá que aparezca, pues, Pepe. Y aprovecha los días para pasear y reponerte. Me parece que lo estás haciendo, lo que me deja muy satisfecho. Yo hablaré a la noche con Laura, a ver si se interesa por ir a ver ese humedal.

13

Esa noche Pepe Ortega estuvo revisando noticias en Internet hasta las once, hora en que decidió buscar un libro para ir a acostarse. Un caballero nunca se acuesta solo, solía decir, y si no lo acompaña una mujer, tiene que ser un libro. Tres o cuatro le había dejado Oriana el domingo. Había finalizado recién el de Isabel Allende y decidió continuar con las narradoras chilenas, de manera que eligió una novela reciente, "Juegos de villanos", la primera obra de una autora joven, Julia Guzmán Watine. La escogió porque en la contratapa se decía que trataba de un secuestro o asesinato, *más o menos en lo que estoy*, a pesar de que más adelante agregaba que la mujer de la víctima había contratado los servicios de un detective privado para que averiguara dónde estaba su marido. *Los detectives privados existen, pero no investigan homicidios, a lo más, engaños conyugales*, rezongó. Pero se llevó el libro a la cama y se congració rápidamente con él porque ya en la segunda página el detective reconoce que no tiene idea de cómo enfrentar un asesinato porque solo se ha dedicado a investigar asuntos menores.

Llevaba poco menos de una hora de lectura, cuando lo sorprendió el bullicio de escapes libres. Saltó de la cama, cogió los prismáticos del velador y de un salto estuvo junto a la ventana, para ver un par de motos que corrían vertiginosas alejándose por el camino que conduce a Santiago y a Viña del Mar. Las enfocó con los anteojos, de todas maneras, para apreciar el efecto, y consiguió darse cuenta

de que ambos conductores vestían las casacas distintivas de los transportistas de alimentos. *Estos vienen de algún restaurante y están apurados para que no se les enfríe la comida.*

Cerró la cortina, volvió a la cama y leyó todavía una hora y media, sin escuchar nada sospechoso.

Ya no pasa nada.

Y se durmió.

14

Miércoles 9 de marzo de 2022

Pero la noche siguiente, sí pasó.

Faltaban diez para las doce cuando escuchó los escapes libres de varios automóviles. Saltó de la cama y vio cinco o seis coches elegantes que producían un ruido infernal. *¿Cómo nadie sale a reclamar?*, pensó. Y se dijo que él lo haría. Pero cuando estuvo vestido para salir volvió a mirar a través de la ventana y vio que uno de los autos era de color blanco. *A lo mejor ese es mi hombre.* Y bajó.

-¿Va a salir, señor? -le preguntó el nochero, extrañado.

-Voy a ver quiénes meten ese ruido infernal que no deja dormir.

-No creo que sea para tanto.

Entonces se dio cuenta de que allí abajo, en realidad la bulla no se sentía tan intensa como en el piso dieciocho. *¡Qué curioso!* Y salió a la calle.

Los pilotos habían descendido de los coches, que mantenían los motores en marcha, y a medida que se acercaba a ellos el ruido se intensificaba, hasta llegar a ser tan potente como lo percibía desde la altura. *¡Curioso!*, se repitió.

-Hola muchachos -dijo al llegar junto al grupo-; veo que les gusta la velocidad.

Lo miraron llenos de extrañeza y uno le espetó, con insolencia:

-¿Y...?

-Nada -dijo contemporizador-, es que a mí también me gusta. Supongo que van a echar una carrera.

-Varias carreras -respondió uno, y los demás rieron.

-¿Varias?

-¿Y qué le importa a usted? -replicó el insolente que había hablado primero.

-Bueno, me importa, aunque usted no lo crea, me importa mucho, porque soy un fanático de las carreras de autos, desde mucho antes que ustedes nacieran, cuando los pilotos más veloces de Chile eran Lorenzo Baroli y Bartolomé Ortiz; después vino Raúl Jaras, al que llamaban Papín. Y claro, ahora último fue famoso Eliseo Salazar, piloto de la fórmula uno que corrió en todas las pistas del mundo y se casó con Raquel Argandoña. A él sí tienen que haberlo conocido, si de verdad les gustan las carreras de autos.

-Sí, señor -respondió uno, en un tono comedido-, por supuesto que nos gustan las carreras de autos y sabemos quién es Eliseo Salazar. Pero nosotros no somos profesionales, simplemente nos agrada correr y venimos a hacerlo de noche, a este lugar, porque ya no hay tránsito y no molestamos a nadie. Es un gusto que nos damos.

-Claro, claro, tienen todo el derecho de hacerlo -dijo Pepe Ortega, sintiendo que debería morderse la lengua-. Me gustaría verlos en acción, y apostar por alguno... Pero no me he presentado; yo soy José Ortega, santiaguino, y estoy pasando una temporada en Concón para reponerme del Covid que me afectó.

El que acababa de hablar le tendió la mano.

-Mucho gusto, señor Ortega; yo soy Alfredo Maldonado.

Y entonces, uno a uno, fueron estrechándole la mano y diciendo sus nombres. El último fue el que se había comportado con grosería, que, de manera evidente, procuraba modificar:

-Ángel Donoso, su servidor. Y perdone, señor Ortega, pero usted habló de hacer apuestas, y eso no va con nosotros. No corremos en busca de dinero.

-No, pues, ya lo tenemos -dijo Eduardo Magro, y los demás rieron, como si hubiera dicho algo muy gracioso.

-¿Cómo organizan sus competencias?

Alfredo Maldonado tomó la palabra:

-Vamos de dos en dos. Corremos por la ruta que va al interior y llega hasta La Calera, pero no llegamos tan lejos; giramos en el primer desvío del camino y regresamos hasta completar la vuelta a la rotonda. Son menos de diez minutos y algo más de seis en cada vuelta. Después, otra pareja hace el mismo camino, y al final, la tercera. Entonces, los seis hemos vivido la emoción de la velocidad y la competencia, que es fascinante, como usted sabrá si es seguidor de las carreras de autos. Y al final, con la adrenalina descargada, partimos cada uno para su casa.

-¡Qué bien! -exclamó Pepe Ortega- Veo que lo tienen todo organizado y cumplen con su objetivo. ¿Y viven todos cerca?

-En Concón, Reñaca y Viña. Nos conocemos desde chicos y lo pasamos bien juntos. Bueno, los primeros que correrán hoy son Vicente Carrasco y Ángel Donoso. Alístense para partir.

Los nombrados subieron a sus coches. Maldonado se paró en la acera, al lado de ellos, sacó una pistola del bolsillo, dio un tiro y los coches partieron.

-¡Caramba! -dijo Pepe- Hasta con disparo, ¿no será peligroso?

-Para nada; es de fogueo.

-¿Y quién es el dueño de este Porsche blanco?

-Yo -dijo Magro- y repitió su nombre -Eduardo Magro.

-Es muy lindo su vehículo; debe haberle costado un dineral. ¿En qué trabaja usted, si no es indiscreción?

-Trabajo en la empresa de mi padre, Edificaciones Almagro. Él se llama Aliro Magro, por eso el nombre de la empresa, mezcla de su nombre de pila y su apellido.

-Se dedica a la construcción, ¿no?

-Solo grandes edificios, institucionales y de empresas; no trabajamos en viviendas.

-Vaya, debe irles muy bien. ¿Y dónde tienen sus oficinas?

-Viña del Mar, en 8 Norte. ¿Por qué pregunta?, ¿le interesa construir un edificio en la Quinta Región para su empresa?

-Mi empresa -dijo Pepe Ortega, ligeramente molesto- es el diario de mayor venta en el país. Yo soy el director. Y nunca se sabe de los nuevos emprendimientos que ordene el mercado.

-Vaya, es usted un personaje -dijo Maldonado.

-No precisamente -explicó Pepe-, pero conozco y trato a los personajes más interesantes, que protagonizan las noticias.

En ese momento se escucharon los motores, que regresaban. A Pepe le llamó la atención la velocidad a que corrían, muy cerca uno del otro, casi al lado. Maldonado puso atención y cuando tomaron la rotonda y disminuyeron velocidad, detuvo el cronómetro que llevaba en la muñeca.

-Siete minutos y veintiocho segundos. Hicieron buen tiempo, muchachos. Empate técnico. ¿Cómo estaba el camino?

-Despejado, ni un alma...

-Bueno, ahora que salgan Garay y Magro -dijo Maldonado.

La segunda vuelta resultó más rápida que la primera, pero Magro le sacó varios metros de ventaja a Garay.

-Seis minutos cincuenta y ocho segundos -sentenció Maldonado. Y se aprestó para subir a su coche a competir contra Miguel Montero. Iba a ser un duelo entre alemanes, un Mercedes Benz y un BMW.

-Yo apostaría por el BMW -dijo Pepe Ortega, cuando ya hubieron partido.

-No se crea, el Mercedes es muy rápido y Maldonado sabe sacarle trote. Casi siempre nos gana a todos.

Esta vez también lo hizo: seis minutos y cuarenta y nueve segundos, de acuerdo con el registro que tomó Garay, a quien Maldonado le confió el cronómetro y la pistola.

-Yo habría perdido mi plata, pero he ganado mucho al compartir con ustedes, muchachos, muchas gracias por habérmelo permitido.

15

Jueves 10 de marzo de 2022

Antes de las diez de la mañana Pepe Ortega llamó al comisario Mandiola y le anunció que había conocido al posible dueño del coche blanco que les preocupaba.

-Es el hijo de un empresario de la construcción y parece un buen muchacho, un poco inocentón, como sus amigos. Se reúnen en las noches a echar carreras con sus autos poderosos, para qué te digo. Deben costar un dineral. Son niños bien, ¿me entiendes?, de buena posición social y dudo mucho que anden metidos en asuntos de tiroteos o de homicidios.

-Nunca se sabe, Pepito. Detrás de una mala capa se esconde un buen torero... Tal vez el dicho no venga mucho a cuenta, pero sirve para lo que quiero expresar. También hay otro: uno ve caras, pero no corazones. Me entiendes, ¿no es cierto?, quiero decir que es muy positivo que hayas conocido a esos muchachos y que tendremos que entrevistarlos, en especial al del Porsche blanco.

-Me preocupa que ellos piensen que yo los denuncié como culpables de matar a una persona. Realmente pienso que no pueden haberlo hecho. Yo me imaginaba que los que venían a echar carrera con autos de escape libre serían narcos, porque ellos suelen andar en coches enchulados y bulliciosos para llamar la atención, pero los chicos de anoche, no. Son otra cosa, de otro nivel.

-Voy a seguir con los refranes, Pepe: en todas partes se cuecen habas. Vamos a tener que entrevistarlos, para descartarlos, por último; pero no los

podemos dejar pasar. Fíjate que la única pista que existe para resolver ese crimen es un auto blanco con escape libre, y si sabemos de alguien que conduce un coche de esas características, estamos obligados a entrevistarlo.

-Pero a lo mejor no tiene nada que ver; lo más posible es que no tenga nada que ver.

-Claro que sí, parece lo más posible. Yo también me inclino por la tesis de un crimen entre narcotraficantes, pero vamos a hablar con tus amigos de anoche, para descartarlos. Y no te preocupes, que tu nombre no aparecerá por ninguna parte. Yo mismo iré a Viña, para cerciorarme de que las cosas se hagan bien.

16

-----viernes 11 de marzo de 2022-----

-De manera que su nombre es Eduardo Magro; tome asiento, por favor.

El comisario Mandiola estaba sentado al otro lado de la mesa, sobre la que había un equipo de grabación. Le hizo un gesto para que ocupara la silla frente a él.

-¿Por qué me tengo que sentar? ¿Por qué me han traído aquí, a la PDI, si yo no soy un delincuente?

-Por supuesto que no lo es. Sabemos que usted no es delincuente, señor Magro, pero nosotros, los funcionarios de la Brigada de Homicidios, no solamente entrevistamos a delincuentes. Requerimos información de mucha gente en el curso de nuestras pesquisas y les pedimos que nos apoyen, sobre todo en los casos complicados. Y ahora estamos frente a uno, tan complicado, le diré, que yo vine desde Santiago especialmente a conversar con usted; a conversar, entiéndame bien; no lo voy a interrogar como se hace con los sospechosos. Y he venido yo, para conocerlo y saber de su propia voz lo que nos interesa. Y yo no soy cualquier detective, soy el jefe de la BH. Así que tome asiento, por favor, y tranquilícese.

-Mi padre me va a poner un buen abogado, mi padre tiene mucho dinero.

-No necesita un abogado, señor Magro, porque no se encuentra detenido. Y le vuelvo a pedir que colabore conmigo. Se lo pido con respeto, con el mayor respeto.

El muchacho se sentó, pero se notaba alterado y temeroso.

-Usted es el propietario de un automóvil Porsche, de color blanco, lo maneja con escape libre y participa en carreras con un grupo de amigos suyos, más o menos una vez a la semana. Corríjame si me equivoco.

-Se equivoca, por supuesto que se equivoca. ¿De dónde sacó que corremos una vez a la semana? No tenemos días fijos para correr, vamos cuando se nos da la gana, siempre tarde, en la noche, cuando las carreteras están vacías, para no molestar a nadie.

-Claro, claro. Sabemos que no molestan a nadie... Ahora, le aviso que voy a encender la grabadora, para que registre nuestra conversación... Me decía que corren de noche, con los caminos vacíos, y que evitan molestar a la gente. ¿Cuántos son los amigos que participan en esas carreras?

-A veces cuatro o cinco, a veces seis, depende de lo que tenga que hacer cada uno.

-Digamos que son seis. ¿Me puede dar sus nombres?

Magro los recitó y el comisario los chequeó en el papel en que ya los tenía escritos.

-Somos todas personas serias, de trabajo, no somos delincuentes.

-Eso lo sabemos muy bien. Son empresarios, tengo entendido, o hijos de empresarios distinguidos de la región.

-Somos de buenas familias, que responderán por nosotros. ¿Por qué me han traído aquí? ¿Qué razón hay para que nos acosen así?

-Mire, señor Magro; en realidad usted está aquí para responder a mis preguntas, no para preguntarme; pero le voy a explicar, dentro de lo que permite el secreto de la investigación. Andamos en busca de un coche, que entre otras particularidades tiene escape libre, como los de su grupo. ¿Conoce usted a otros

grupos de jóvenes que tengan autos con escape libre y circulen a altas velocidades por las noches?

-Autos con escape libre hay muchos. Se puede decir que es casi una moda. Basta salir a la calle y abrir los ojos y los oídos.

-En efecto. Y hay funcionarios que ya lo han hecho, pero no tenemos respuestas positivas; por eso decidimos conversar con ustedes, para que nos apoyen-. Mandiola se agachó a revisar los papeles que tenía sobre la mesa, antes de continuar-. Su coche es un Porsche, blanco. ¿Sabe de algún otro auto con escape libre del mismo color?

-Mi auto es el único Porsche blanco que hay en Chile -afirmó Magro, con orgullo evidente.

-Pero prescindamos de la marca y detengámonos en el color. ¿Sabe de algún otro coche con escape libre de color blanco, sea Chevrolet, Mazda o de cualquier marca?

-No ando mirando otros vehículos. Me basta con el que tengo.

-Ya lo creo, es un gran coche, señor Magro. Y, pasando a otra cosa, ¿puede decirme dónde estaba usted la noche del 28 de febrero, a eso de las doce? Sí, justo a la medianoche del último día de febrero.

-¿Dónde estaba?

-Sí, ¿dónde se encontraba usted, y con quién?

-¿Cómo voy a saberlo? ¿Usted piensa que yo tengo una libreta en la que anoto todo lo que hago en cada momento de mi vida?

-No, no pienso eso, por supuesto. Eso no lo hace nadie, pero todos tenemos la posibilidad de recordar lo que hemos hecho. ¿No recuerda usted la noche del 28 de febrero? No fue hace tanto tiempo..., una semana poco más o menos.

-Pues no, no me recuerdo. ¿Por qué habría de hacerlo? ¿Usted cree que fue un día especial para mí? Pues no, no lo fue. Y no me acuerdo qué hice. Lo más probable es que ya estuviera durmiendo.

-¿Pero esa noche no corrieron en la ruta que va a La Calera?

-No, no corrimos, de eso estoy seguro.

-¿Por qué está tan seguro? Sus amigos Garay, Donoso y Carrasco ya hablaron esta mañana con nosotros. Y tal vez dijeron que habían corrido.

-No, no corrimos. Estoy seguro. Si dijeron eso, es que mintieron.

-¿Pero suelen mentir ustedes? ¿Y en los antecedentes que entregan a las autoridades? No olvide que estamos investigando un caso de homicidio, la muerte de un ser humano.

-Yo no digo que hayan mentido. De lo que estoy seguro es de que esa noche no corrimos.

-¿Y por qué está tan seguro? Es porque estaba en otra actividad importante, ¿no es así?

-No, no es así. No me acuerdo donde estaba, y es todo. Y si me pregunta donde estuve ayer, a las cuatro de la tarde, tampoco me acuerdo. ¿Ya? No tengo buena memoria, ¿ya? Hay gente que recuerda todo lo que hace. Yo no, ¿estamos?

-No, señor Magro, me temo que no estamos. Y le vuelvo a recordar que esta conversación se encuadra en una investigación de la Brigada de Homicidios por el asesinato de una persona, cometido el 28 de febrero. De manera que va a tener que esforzarse por recordar lo que hizo ese día, en torno a la medianoche. Ahora vamos a dejar hasta aquí esta conversación y lo vamos a invitar a que pase a una celda, para que pueda pensar solitario y silencioso. Y cuando recuerde los pasos que dio aquella noche, nos lo hace saber.

El comisario Mandiola había endurecido el tono de voz, de manera casi imperceptible, pero a Eduardo Magro no le pasó por alto ese cambio en la actitud del policía. Permaneció en la silla y se le cayó la mandíbula inferior. Y, con la boca abierta, vio como el comisario abandonaba la sala sin volverse a darle una última mirada.

Al día siguiente, a las ocho de la noche, el comisario Mandiola llamó a Pepe Ortega para decirle que no lo podría ir a buscar el domingo y pedirle que permaneciera otra semana en Concón.

-No te preocupes, Mauricio. Yo me puedo ir en bus con Oriana. Ella no maneja, así que no puede traer mi auto, pero el paradero de los buses queda a una cuadra del departamento.

-Es que no me entiendes, Pepito; te estoy pidiendo que no te devuelvas el domingo. Que te quedes unos días más en Concón, atento a lo que va a suceder.

-¿Y qué es eso que sucederá?

-No lo sabemos aún, pero yo tengo el pálpito de que puede ser algo grande, y va a estallar durante la semana. Yo no te lo he dicho, pero conocí a tu amigo del Porsche blanco y tengo el convencimiento de que fue él quien dejó el cadáver bajo tu ventana.

-Pero si es apenas un chiquillo...

-Un chiquillo que oculta algo, y se me ocurre que es algo grande, más que un simple homicidio.

-Pero, ¿qué te puede haber dicho para causarte una impresión tan negativa? Te voy a decir que a mí no me simpatizó; no me simpatizó ninguno del grupo, excepto uno que se advierte más maduro; pero a los demás los encontré superficiales, atrevidos, un poco tontones si se quiere, pero en ningún caso malvados.

-Yo solamente hablé con Eduardo Magro, el del auto blanco; funcionarios de la BH viñamarina están entrevistando a los demás. Pero este Magro tiene la conciencia muy oscura y procura esconder algo, de una manera tan absurda que se advierte que se trata de un secreto comprometedor, por llamarlo de alguna manera. Ya le solicité a Viña que requisaran el coche y lo sometieran a un peritaje. Volveré el lunes a Viña, el lunes, pasado mañana, para interrogar de nuevo a Magro. Y en la tarde te pasaré a ver para que conversemos.

-Me parece que hasta el momento no tienes nada, salvo las ganas de toparse con algo grande. Pero creo que te equivocas con estos chiquillos. ¿Para qué se van a meter en asuntos turbios si lo tienen todo? Basta que manifiesten un deseo para que el papito se los cumpla. Fíjate en los autos que manejan; ni tú ni yo nos podríamos comprar uno de esos.

-Algo hay, Pepe; te aseguro que hay algo grande... Ya te contaré el lunes.

CUARTA PARTE

18

-----viernes 11 de marzo de 2022-----

-¿Saben la última? Detuvieron a Eduardo Magro.

Miguel Montero llegó muy alterado al local de Reñaca, donde el resto del grupo bebía cerveza.

-¿Detuvieron a Magro? ¿Y por qué? -preguntó Alfredo Maldonado.

-De puro huevón, tiene que haber sido -dijo Ángel Donoso-. A mí me llevaron a la PDI y me interrogó un tira, hoy al mediodía; y no pasó nada.

-A ver, Angelito -dijo Maldonado-, cuéntanos qué fue lo que quería saber ese tira.

-Era por los autos con escape libre y las carreras que hacemos.

-¿Y?

-Bueno, me preguntó de todo, a qué hora nos reuníamos, el recorrido que seguíamos, y si yo sabía de otros grupos de dueños de autos con escape libre que se juntaran en Concón.

-A mí también me llevaron a la pesca esta mañana, y fue lo mismo que cuenta Angelito. Y querían saber lo que hice el martes 28 de febrero -dijo Vicente Carrasco.

-Ese día me parece que no nos juntamos -dijo Maldonado.

-No, pues, andábamos cada uno para su santo. Yo dije que había estado con mi polola toda la tarde, desde que salí de la pega; y no me fui a mi casa hasta la una de la mañana. Después, supe que le preguntaron a la Claudia si era cierto.

-Pero no te tuvieron detenido hasta preguntarle a ella.

-No, pues, para nada. Me soltaron al tiro y yo me fui a revisar el auto, que quedó tironeando después de la carrera.

-La carrera fue el martes, este martes, ¿no es así?

-Sí, el martes fue cuando nos juntamos a correr y llegó el anciano preguntón.

-No hizo tantas preguntas -dijo Maldonado-. Era simpático, el viejo. Yo le pregunté a mi tata por los primeros pilotos de carrera que hubo en el país y me nombró a Lorenzo Baroli y a Bartolomé Ortiz.

-Son los mismos que mencionó el viejo.

-Sí, pues; parece que en verdad sabe de automovilismo. Pero veamos qué le puede haber pasado a Magro. Encuentro grave que lo hayan detenido. Deberíamos avisarle a don Aliro.

-Ya lo sabe, y ya lo sacó de la pesca; ahora está en la casa. Habló al tiro con un abogado, un tal Wilson, que debe ser muy eficiente, porque partió al cuartel y volvió con Eduardo sano y salvo -informó Miguel Montero.

-Entonces, no está detenido -dijo Maldonado.

-No, pues, ya no... pero estuvo en una celda.

-¿Y cómo lo supiste tú?

-Por el propio Magro, me crucé con él cuando iba llegando a su casa, de la mano de su abogado...

-¿De la mano?

-Es un decir, porque es como un niño chico. Miren que quedar detenido... No nos vaya a meter en un lío a todos nosotros.

-Capacito que nos meta, con lo huevón que es -dijo Donoso.

-No lo trates mal, Angelito. Más bien preocupémonos de lo que está pasando; porque ya han interrogado a tres de los nuestros.

-A cuatro -dijo Julio Garay, y alzó la mano-. Yo también pasé por la pesca esta mañana.

-¿Y? ¿Cómo fue?

-Tal cual han dicho Angelito y el Vicho Carrasco. El tira que habló conmigo me dijo que andaban buscando un auto blanco con escape libre, pero no tenían mayores datos.

-Ahí está, entonces. El coche de Magro es blanco y tiene escape libre. Es a él al que buscan.

-Y detrás de él caeríamos todos nosotros -dijo Maldonado.

-¿Por qué, Alfredo? ¿Qué hemos hecho?

-Bueno, cada uno tenía que pasarle un millón a Magro, por si no lo recuerdan, y él va a utilizar ese dinero para contratar a un sicario que debe asesinar a Boric. Y si eso no es un delito, y muy grave, no veo qué otra cosa puede ser. Las huevadas que vino a meternos en la cabeza ese tal Burt Samuels.

-Pero a esta hora Boric está muerto de la risa en La Moneda -dijo Vicente Carrasco.

-Mejor no digas que está muerto, aunque sea de la risa -expresó Maldonado-. Yo creo que sin pensarlo bien nos metimos en un tete sumamente espinudo, y no se me ocurre cómo podemos salir de él.

-¿Alguien sabe si Eduardo efectivamente contactó al sicario?

-¿Y si le dio la plata?

-¿Y si el tipo se arrancó con la plata y nos hizo perro muerto?

-En tal caso, le pedimos a Eduardo que contrate a otro sicario para que mate al primero, le quite la plata y nos la devuelva.

-No hagan chistes con este asunto, que es muy serio -pidió Alfredo Maldonado-. Y nos puede costar muy caro.

-¿Más que el millón que ya nos está costando a cada uno?

-Bastante más, por desgracia.

-¿Quién le había dado la plata a Eduardo?

-Yo -Vicente Carrasco.

-Yo -Julio Garay.

-¿Alguno sabe si Eduardo efectivamente había encontrado un sicario dispuesto a matar al presidente de la República?

-Yo creo que no es nada de fácil.

-Pero a mí me consta que lo estaba buscando. No sé si lo habrá encontrado y si le habrá adelantado dinero, pero a mí me dijo que había contactado con un grupo de venezolanos asentados en una toma en El Salto, en Viña del Mar, y que eran tipos dispuestos a todo, incluso a matar.

-¿A matar al presidente? No es lo mismo que matar a un ciudadano cualquiera. Aunque no nos guste, es el representante del país. Y bien visto, con la necesaria serenidad, lo que nosotros decidimos, siguiendo las instrucciones de Burt Samuels, es una soberana estupidez.

-¿Y ahora nos salís con esa, Alfredo? ¿Por qué no se lo dijiste a Samuels, para que buscara otros giles?

-Lo intenté, ustedes son testigos de que lo intenté, pero Burt Samuels era un discutiendo endemoniado; tenía respuestas para todo y una verborrea envolvente, a pesar de su castellano agringado.

-O tal vez por eso mismo -dijo Julio Garay-, tal vez lo que pasa es que los chilenos estamos acostumbrados a seguir a los norteamericanos a ojos cerrados. Y basta con que alguien hable con acento gringo para que le encontremos la razón en todo.

-¿Y qué podemos hacer ahora?, es la pregunta -Vicente Carrasco intentó centrar el tema-. Burt Samuels ya no existe; seguramente no está en Chile, haya sido o no agente de la CIA. Y no interesa que efectivamente lo sea, porque ¿qué tiene que ver la CIA en nuestro país?

-Se supone que nada -dijo Maldonado.

-Pero sabemos que eso no pasa de ser una suposición, un supositorio...

-¿Alguien sabe un sinónimo de supositorio? -preguntó Ángel Donoso. Y antes de que otro pudiese hablar, se respondió: -Meticuloso.

-Bueno el chiste, pero no creo que estemos para chistes -opinó Carrasco-. Yo pienso que mañana deberíamos juntarnos con Eduardo y que nos cuente si en efecto se ha movido por el asunto del sicario, y digámosle que lo pare, que no siga adelante y nos devuelva el dinero. Y que nos explique también lo de hoy, por qué lo tuvieron detenido. Y pongámonos de acuerdo en lo que le vamos a decir cada uno a la policía, porque es seguro que nos van a interrogar a todos.

A las siete y media de la tarde del día siguiente, sábado, el único que faltaba por llegar era Eduardo Magro. Los otros cinco ya tenían frente a sí su respectiva cerveza.

-¿Y qué le habrá pasado a este huevón que no aparece? -preguntó Ángel Donoso.

-Sin él, no sacamos nada con estar aquí - Vicente Carrasco.

-Démosle tiempo, ya llegará - Alfredo Maldonado.

-Habíamos quedado a las siete, y ya son más de las siete y media - Julio Garay.

-Bueno, vayamos pensando algo que decir a los tiras si nos siguen interrogando.

-Lo que más les interesa son los autos con escape libre, en especial uno de color blanco – Carrasco.

-¿Y alguien sabe de alguno, además del de Magro? – Maldonado.

-Yo, no.

-Tampoco.

-Tampoco.

-¿Y por qué buscarán ese auto?

-Tiene que ser por un crimen. Son de la Brigada de Homicidios.

-¡Un crimen! ¡Por la puta!

-Al menos sabemos que no es el crimen de Gabriel Boric -comentó Julio Garay-; así que por ese lado podemos estar tranquilos.

-¿En qué se habrá metido Eduardo Magro?

-Con lo huevón que es...

-Hasta aquí ignoramos si está metido en algo. Lo ignoramos todo, y eso es lo que me preocupa – Maldonado.

-Lo único que sabemos es que Magro es un huevón y puede haberse mandado cualquier cagada que nos embadurne a todos – Ángel Donoso.

-Córtala, Angelito, con huevonear tanto a Eduardo. No es más ni menos huevón que nosotros. Todos estamos en el mismo saco – Maldonado.

-El asunto, ahora, es decidir qué vamos a decir, cómo explicamos nuestra...

¿Qué diablos es lo que tenemos que explicar? -Miguel Montero.

-Ese es el problema, que no sabemos de qué se trata, por qué están interrogándonos y sobre todo por qué metieron preso a Magro. Pero si él no viene a decirnos... - Carrasco.

En ese momento divisaron en la puerta del local la figura de Eduardo Magro, que miró en todas direcciones hasta que los ubicó, al fondo del recinto. Se aproximó a pasos lentos, como si demorara a propósito el instante de encontrarlos y supiera que lo esperaban con ansiedad.

-Menos mal que llegaste, huevón - Donoso.

-Y menos mal que al final me dejaron venir.

-¿Te dejaron? ¿Y quién no te dejaba venir?

-Mi viejo, ¿quién más? Dijo que era muy serio que me hubieran detenido, y que la policía no pararía allí, que iban a insistir. Ya buscó un abogado cototo y quiere que hable con él.

-Eso lo sabemos, un tal Wilson.

-No, otro. Wilson es abogado de la empresa, pero el otro es criminalista.

-Esos ven los puros crímenes, pero Boric sigue vivo y hoy asumió la presidencia. Se supone que ese es el crimen que teníamos que acometer.

-Se supone...

-¿Qué quieres decir, Magro?

-No habrás cometido otro crimen, pues, huevón - Ángel Donoso.

Maldonado alzó las manos para hacerlos callar. Todos lo escucharon:

-Veamos, Eduardo, qué fue lo que te dijo el policía que te interrogó.

-¡Es un viejo de mierda! -exclamó Magro. -Peor que el del día de la carrera.

-Pero qué tiene que ver uno con otro.

Eduardo Magro se encogió de hombros.

-Nada -dijo-, no tienen nada que ver, salvo que los dos me dieron en las pelotas.

-Olvídate del otro viejo, háblanos del policía que te fue a detener.

-Si no me fue a detener, ni siquiera me fue a buscar. Mandó a otro, un tira joven que me llevó a la pesca y allí estaba el viejo en una mesa con una grabadora y me pidió que me sentara frente a él. ¡Me dio en las pelotas! Le grité que no era un criminal y no tenía nada que hacer ahí. Entonces se hizo el bueno y me dijo que solo quería conversar conmigo, que no estaba detenido ni me iba a interrogar, solamente a conversar porque estaban investigando un crimen. Pero a mí no me convencía; era un viejo pillo.

-¿Qué fue lo que te preguntó? ¿Qué es lo que quería saber?

-Me preguntó por los autos con escape libre y las carreras que hacemos. No sé cómo lo saben, pero conocen los nombres de todos, los autos que tenemos y dónde vamos a correr.

-¿Y ese es un crimen? ¿Correr por una carretera desocupada, a una hora en que no transita nadie?

-Yo pienso que no, pero eso es lo que saben de nosotros. Me preguntó si conocía a otro grupo que tuviera autos con escape libre y también hiciera carreras. Y enseguida comenzó a preguntarme qué había hecho el 28 de febrero, la noche del 28 de febrero. Entonces ya no aguanté más y le dije que no sabía, que no me acordaba de nada, que tengo mala memoria y eso no es ningún delito. Entonces el viejo se enojó y me mandó a una celda, para que refrescara la memoria, me dijo.

-¿Te dijo que quedabas detenido?

-No me lo dijo, pero ¿qué otra cosa se puede entender?

-Pero te soltaron al tiro, cuando llegó el abogado.

-Claro, los abogados entienden de estos asuntos y saben cómo actuar. Le dijeron que no había ningún cargo en mi contra, y me soltaron. Pero mi viejo quedó de lo más preocupado y dice que me van a volver a llamar, y entonces quiere que me acompañe un criminalista.

-Dime, con entera franqueza, Eduardo -pidió Alfredo Maldonado-, ¿tú habías contratado a un sicario para que asesinara a Boric?

-No, no lo había contratado.

-¿Pero habías tratado con uno, o con más de uno?

-Bueno, tuve que meterme en los grupos de vagabundos y rascas para ver si conseguía alguien para que hiciera el trabajito.

-¿Y lo conseguiste?

-Encontré un grupo de venezolanos, en una toma en El Salto, que están sin ni un cobre y parecían dispuestos a todo.

-¿Y hablaste con ellos? ¿Les dijiste de qué se trataba?

-No, pues, no hablé con ellos ni les pregunté si estaban dispuestos a matar al presidente. ¿Cómo se les ocurre que iba a hacer algo así? Tenía que sondearlos, primero. Así que los contraté para que cargaran unos sacos de cemento que debía comprar para la empresa. Y ahí me fui haciendo el amigote, les convidé unas cervezas, y dejé citado para el día siguiente al más hábil, el que parecía más diestro y era una especie de capo de los demás. Entonces, al día siguiente, le dije que sabía de un grupo que necesitaba un hombre dispuesto a hacer un trabajo delicado, si él sería capaz. *Depende, si pagan bien*, me dijo. Le pregunté cómo le vendrían cuatro millones de pesos, y casi se le salieron los ojos; se puso a reír y me preguntó, como si no hubiera escuchado: ¿*cuatro millones*? Sí, le dije, cuatro millones, son unos trescientos mil dólares, ¿se da cuenta? *Bueno* -me dijo-, ¿y qué es lo que habría que hacer? Pegarle un tiro a un fulano, le dije. Entonces volvió a reír y masculló *Por trescientos mil dólares*, como si quisiera que yo no lo escuchara. Y me miró, me tendió la mano y dijo: ¡*Hecho*! Y en seguida, como disculpándose: *Lo único es que no tengo pistola*. No se preocupe, le dije, yo le voy a conseguir una. Y compré un revólver, y las balas, y lo tengo guardado en mi casa.

-¿Tienes permiso para cargar armas?

-No, ¡qué voy a tener! No creo que ninguno de nosotros tenga.

-Entonces tienes que deshacerte de ese revólver, cuanto antes, porque si lo encuentran en tu poder, ¿qué vas a decir?

-¡Pero cómo! Se supone que vamos a necesitar un arma.

-¿Para qué?

-Para lo que tenemos que hacer.

-Olvidalo, Eduardo. Ya no vamos a hacer nada. Lo hemos decidido todos.

-¿Pero qué le vamos a decir a Burt Samuels?

-¿Sabes dónde está? ¿Sabes si realmente se llama así? ¿Y si lo mandó la CIA para que nos contactara? No, Eduardo, el asunto es demasiado delicado y ya hemos tenido tiempo para pensarlo con calma, y decidimos no hacer nada.

-Claro, tú eres político, tú vas a ser diputado...

-No, Eduardo. Los demás no somos políticos ni seremos diputados. Pero no queremos meternos en un lío que nos puede mandar a la cárcel.

-Estamos todos de acuerdo. Olvidémonos del asunto, mejor.

-¿Se dan cuenta de que yo ya había hecho mi parte? Es por el bien de la patria.

-Dile a ese venezolano que era una broma.

-Claro, no te preocupes por él.

-¡Una broma! -exclamó Eduardo Magro- ¡Una broma...!

QUINTA PARTE

19

El día siguiente, domingo, pasadas las nueve y media de la mañana, a Eduardo Magro lo llamaron por teléfono a su domicilio, alguien que dijo no ser un conocido, pero poseer información de mucha importancia para Eduardo. La empleada se lo anunció cuando acababa de desayunar. Y el muchacho fue al teléfono.

-¡Aló? ¿Quién llama?

Era José Ortega. Magro tradujo el nombre: el viejo que fue a intrusear en las carreras el martes pasado.

-¿Y qué se le ofrece?

-Quiero hablar contigo, Eduardo, porque sé que te interrogó el jefe de la BH, y te va a volver a citar mañana lunes. Yo lo conozco bien, por mi trabajo, ¿entiendes?, y sé que es un policía muy perseverante y eficiente. Y aunque te parezca extraño, ustedes me cayeron bien; el grupo, me refiero, me parece que son unos buenos muchachos y quisiera apoyarlos. Puedo hacer mucho por ti, más de lo que imaginas. Y te ofrezco que vengas ahora a mi departamento, para que conversemos. Pienso que puede ser muy útil para ti, para que llegues preparado a enfrentar de nuevo al comisario Mauricio Mandiola. Yo soy periodista, no soy policía, tú lo sabes; y no estoy trabajando, me encuentro con licencia, convaleciente de Covid. No corres ningún riesgo en hablar conmigo, y te repito, te puede ayudar a enfrentar a Mandiola, que es un interrogador implacable, te la va a poner muy difícil. Ven un momento, ahora, y vuelves a tu casa a almorzar. Tú sabes cuál es mi edificio, el de la rotonda, departamento ciento ochenta y cinco, en el piso dieciocho. Te estaré esperando.

El tuteo y el tono amable en la voz de Ortega, convencieron al muchacho. *¿Qué puedo perder?* Pero no esperaba que le abriera la puerta una mujer joven y hermosa, y lo más sorprendente, que el viejo la presentara como *mi mujer*. Ella se limitó al rol de portera y desapareció.

Pepe lo condujo a su escritorio, se sentó en el sillón que tenía frente al ordenador y le indicó un sillón bajito, estilo Reina Ana, desde el cual Eduardo Magro quedó obligado a mirarlo hacia arriba, lo que le produjo cierta incomodidad; sin embargo, fue una sensación pasajera, pues el mueble pequeño resultaba bastante cómodo.

-Bueno, ¿qué quería decirme?

Pepe Ortega se puso de pie.

-Ven, Eduardo, asómate a la ventana.

Desde allí se veía, un par de metros más alejado que desde la ventana del dormitorio de Pepe, el lugar en que había sido dejado el cadáver. Pepe lo señaló con un dedo.

-Allí, en ese lugar, la noche del 28 de febrero, como a las dos de la mañana, un tipo bajó de un automóvil blanco, con escape libre, a un muerto, y lo dejó en el jardín seco, al borde del camino. Y la policía no ha conseguido encontrar ningún auto blanco con escape libre, salvo el tuyo. Y eso hace pensar al comisario Mandiola, que tú debes haber sido el que dejó el cadáver, y tal vez quien lo mató de un tiro en el corazón. Pero yo estoy seguro de que no fuiste tú y...

-Fui yo -lo interrumpió Eduardo Magro.

Pepe Ortega se quedó mudo, con la boca abierta, un instante. Luego encogió los hombros, movió la cabeza a derecha e izquierda y finalmente fijó sus ojos en los de Eduardo Magro, que lo contemplaba impassible.

-De manera que fuiste tú... Vamos, Eduardo, siéntate... -se movió a un costado para dejarlo pasar y se sentó en su sillón. Magro regresó a su ubicación en el Reina Ana.

-Fuiste tú -repitió, en voz baja, como si no entendiera lo que estaba diciendo.

-Sí, fui yo -repitió Magro. Y en su voz no había asomo de vacilación ni de inseguridad.

-Pero cómo puedes haber hecho algo tan violento y terrible, Eduardo. Tú no eres una persona capaz de quitarle la vida a otra, sin una razón muy poderosa, imagino.

-Sí, había una razón poderosa, pero ahora parece que dejó de tener sentido.

-A ver, explícame. Cuéntame qué fue lo que sucedió.

-Lo hicimos por la patria. Fue un acto de patriotismo -Magro no separaba la mirada del rostro de Pepe Ortega-, ¿puede entenderlo?

-Si no me lo explicas, no puedo. Pero sé que tendrás una razón sólida. Cuéntamela.

-Bueno, es que vino un agente de la CIA a hablar con nosotros. Burt Samuels, se llama.

-¿Un agente de la CIA? ¿Y por qué habló con ustedes?

-Para que estuviéramos preparados y no volviera a pasar lo de 1970, cuando salió elegido Salvador Allende. Burt Samuels vino aquí, a la Quinta Región, pero nos dijo que había agentes en todo Chile, para que la ciudadanía se preparara y le evitáramos al país otra tragedia como la vivida del 70 al 73.

-Pero entonces ustedes no habían nacido.

-Claro que no. Pero sabemos muy bien lo que sucedió, lo que sufrieron nuestros padres.

-¿Sufrieron los padres de ustedes?, ¿con todo el dinero que poseen?

-Y pudieron haberlo perdido todo, a manos de los comunistas.

-Bueno, pero no hablemos del gobierno de Allende; eso ya es pasado. Hablemos de hoy, de lo que tú hiciste, y de por qué lo hiciste.

-Por la patria, ya se lo dije. No queremos otra Unidad Popular.

-¿Y tú crees que habrá otra?

-Por supuesto.

-¿Y de qué manera pensaban evitarla?

-Eliminando a Boric, para que no llegara a asumir la presidencia.

-Pero la acaba de asumir, anteayer viernes, ¿no?

-Claro, pero aún estamos a tiempo.

-¿Y pretenden matarlo?, ¿tú lo vas a matar? Porque el hombre que tiraron aquí abajo está claro que no era Gabriel Boric.

-No, yo no lo iba a matar. Yo iba a conseguir un asesino a sueldo entre los inmigrantes que hacen nata y no tiene de qué vivir.

-¿Y lo conseguiste?

-Claro, pero se echó para atrás en el último minuto. Yo esperaba que le disparara cuando llegara al Congreso Nacional, para la ceremonia de cambio de mando.

-No parece un buen momento para algo así. Está todo atestado de policías.

-Pero es que entonces el tipo se entusiasma, se deja llevar y se pone a tiro.

-¿Y eso te lo dijo el agente de la CIA?, ¿cómo se llama?

-Burt Samuels. No, él ya no está en Chile. Se fue hace un par de semanas.

-¿Y los dejó con el plan listo, para que ustedes lo realizaran?

-No, él no hizo ningún plan. Eso lo hicimos nosotros, después que él partió.

-Entonces, ¿qué papel jugó el tal Burt Samuels?

-Él nos dijo que el gobierno de Estados Unidos estaba preocupado de que en Chile volviéramos a elegir a un presidente socialista o comunista y que había mandado agentes a contactar con grupos de derecha para que se prepararan para actuar si eso ocurría.

-Pero eso no tiene mucho sentido, Eduardo. Hemos tenido dos presidentes socialistas después de Pinochet, Ricardo Lagos y Michelle Bachelet. Y no ha pasado nada.

-Pero las condiciones ahora son distintas. De eso nos habló Samuels y nos explicó el peligro que existe en el continente de que se elijan más gobiernos de izquierda. Fíjese lo que está pasando en Venezuela y en Nicaragua, en Cuba, en Brasil, en Argentina y en Bolivia. Imagínese lo que sería que la mayoría de los países latinoamericanos cayeran en manos del comunismo.

-De manera que ese era el discurso de Burt Samuels, si te estoy entendiendo. Pero a mí no me interesa Burt Samuels; me interesas tú. Cuéntame qué fue lo que tú hiciste y lo que hicieron tus compañeros.

-Bueno, ellos no se interesaron mucho, pero yo sí. Yo he escuchado hablar a mi papá de todo lo que pasó durante la UP y no quería que, ahora que él está viejo, lo vuelva a pasar. Y tampoco quiero vivirlo yo; quiero vivir en libertad, en un país libre.

-¿Y entonces?, ¿qué fue lo que hicieron ellos, y lo que hiciste tú?

-Bueno, yo entendí clarito que lo que Burt Samuels nos decía era que había que matar a Gabriel Boric para que no asumiera la presidencia. Y los demás, también. Pero ninguno quería hacer nada. Yo, sí. Me preguntaron si le iba a pegar un tiro a Boric.

-Y tú les dijiste que sí.

-Claro que no. Les dije si no se daban cuenta de que nuestro país se ha llenado a extranjeros que por cuatro pesos son capaces de matar a su propia madre.

Y ellos me dijeron que buscara entonces un extranjero dispuesto a dispararle a Boric. Y que entre todos pondríamos la plata para pagarle.

-Y tú lo buscaste, y lo encontraste.

-Así fue.

-Pero el plan no se llevó a efecto. ¿Por qué razón?, ¿qué pasó?

-Pasó que el venezolano con el que había hablado, y al que le ofrecí cuatro millones, se echó para atrás cuando supo que se trataba de Gabriel Boric. *Pero no, chico, tú estás loco, ¿cómo se te ocurre que le voy a disparar al presidente? Es como si en Caracas le pegara un tiro a Maduro, que lo merece más que el de ustedes, te voy a decir. No viviría ni cinco minutos para contarlo, chico, aunque después capaz que me levantarán un monumento, pero ¿de qué me serviría?* Entonces yo le dije que podía pagarle más, que tenía más dinero. En realidad, disponía de seis millones, uno por cabeza. *No, chico, me dijo, tú estás loco. No lo haría ni por cuarenta millones.* Eso me dejaba a mí en una posición insostenible. Me tenía en sus manos. Él sabía que un grupo nuestro pensaba matar al presidente de la República, y tenía camino pavimentado para extorsionarme, sacarme toda la plata que se le antojara, y mandarme a la cárcel. ¿Y quién era él?

-Un ser humano -lo interrumpió Pepe Ortega.

-No era nadie -prosiguió Magro-. No tenía papeles, ni nombre; estaba de contrabando en Chile; si desaparecía, nadie lo iba a buscar. Entonces, con el mismo revólver que había comprado para que cumpliera su tarea, le pegué un tiro en el pecho. Y cayó al suelo, sin decir nada.

-¿Dónde estaban? ¿Dónde tuvo lugar esa conversación con el venezolano?

-Bueno, yo lo había invitado a comer en uno de los restaurantes de Concón, junto al mar. Quería causarle buena impresión, que se diera cuenta de que somos gente de situación acomodada. Pero ahí no quise decirle nada, no sé, tal vez presentía con lo que me iba a salir. Así que esperé a estar fuera del local y entonces tuvimos la conversación que acabo de contarle, mientras caminábamos adonde tenía estacionado el auto, a un par de cuadras de distancia. Ya era muy tarde. Nosotros fuimos los últimos clientes en retirarnos. No quedaba ni un coche cerca, todas las luces estaban apagadas. Yo, en realidad, no lo pensé, llegué y le disparé

no más. Sonó como un petardo, él cayó sin dar un grito y yo me quedé inmóvil y me di vuelta en redondo mirando hacia todos los puntos, por si alguien nos había visto. Pero no se divisaba un alma. Entonces pensé en dejarlo ahí tirado, subirme al coche y arrancar. Mas cuando estuve al volante, antes de dar el contacto, me di cuenta que al día siguiente lo iban a encontrar y todo el personal del restaurante lo había visto conmigo. Así que opté por subirlo al asiento trasero y partí a mi casa, sabiendo que tenía que dejarlo en el camino. Y cuando pasé por aquí, por el lugar que conozco bien porque es donde venimos a correr, me dije que era el punto preciso. Lo bajé del auto con calma, me demoré, mirando a todos lados para cerciorarme de que no andaba nadie cerca. Y me fui, con la conciencia tranquila, pensando que no me iban a pillar jamás. Claro, no contaba con que usted me iba a ver desde aquí arriba.

-Así que ahora debes pensar que estás en mis manos, como pensaste estar en las del venezolano, y seguramente me vas a dar un tiro, como hiciste con él.

A Pepe Ortega le llamó la atención la sonrisa que curvó los labios de Magro; después de lo que le había contado, esperaba cualquier reacción de su parte, menos sonreír.

-No, señor -dijo Magro-, ¡cómo se le ocurre! Yo no sería capaz de hacerle a usted ningún daño. A nadie, en realidad.

-¿Y al venezolano? ¡Menudo daño le hiciste! ¿Y al presidente Boric?

-Eso es distinto. Un acto de patriotismo.

-Matas para salvar a la patria de un hipotético daño, que tal vez nunca llegará. En cambio, tus actos te acarrearán un daño tremendo, que está muy cerca y al que parece que no le has tomado el peso. Mataste a una persona, a un ser humano, Eduardo Magro, ¿te das cuenta? Y el jefe de la Brigada de Homicidios te tiene entre ojos y mañana te va a echar el guante. Y vas a pasar veinte o treinta años en la cárcel, los años de tu juventud y del comienzo de tu madurez, cuando el hombre es más feliz y labra su destino. ¿Has pensado en eso?, ¿le has tomado el peso? ¿Y qué va a pasar con tus amigos? ¿Y con ese tal Burt Samuels?

-No he pensado en nada. En realidad, nunca creí que me fueran a descubrir como el que mató al venezolano.

-¿Cómo se llama el venezolano, o cómo se llamaba?, mejor dicho.

-Narciso Castillo.

-Tú sabes que la policía ni siquiera ha podido saber cuál era su nombre, ni lo que hacía, ni que era de Venezuela, ni cuándo llegó, ni cómo.

-Vino con un lote que ingresó sin pasaportes ni ningún documento. Yo creo que deben haber sido delincuentes toda su vida.

-Y por un tipo así corres peligro de echar a perder tu futuro.

-Lo hice por la patria, quiero que me entienda. Todo buen chileno debe ser capaz de ofrendar la vida por la patria.

-Sí, como Arturo Prat, ¿no es cierto? ¿Eso te enseñaron en la escuela?

-Desde chico lo he sabido.

-Pero Prat era un soldado y estaba en una guerra. Y ahora no estamos en guerra con nadie, y Gabriel Boric no es un enemigo, es el presidente de la República, democráticamente elegido, como tantos que ha tenido Chile, y todavía no sabemos si lo hará bien, regular o mal, porque su gobierno empezó recién ayer, ¿te das cuenta?

-Es que tenemos el recuerdo de Salvador Allende y Burt Samuels dijo...

-¡Eso! –lo interrumpió Ortega con una decidida exclamación-. Burt Samuels, ahí tenemos al verdadero culpable...

-Pero Burt Samuels es un agente de la CIA, y fue enviado por el gobierno de los Estados Unidos.

-Claro, eso fue lo que les dijo, y ustedes le creyeron. ¿Les mostró su placa, y su documentación, y el mandato que recibió de su gobierno?

-No, no nos mostró nada; pero conocía muy bien la historia de la Unidad Popular y de los pasos que dio Washington para neutralizar a Salvador Allende.

-Todo lo cual, a estas alturas, es historia sabida, tanto en Chile como en Estados Unidos, si es que vino de allá.

-Por supuesto que vino.

-Sí, está claro que en algún momento tiene que haber venido. Pero ese no es el tema. El asunto, mi querido Eduardo Magro, es que el tal Burt Samuels te metió en este lío y te convirtió en homicida; y él es el único que ahora te puede salvar.

-¿Cómo dice?

Estaba claro que el muchacho no captaba la intención de las palabras de Pepe Ortega, y también quedó claro que este no estaba dispuesto a explicársela.

-Mira, Eduardo; mañana te va a ubicar un detective y te conducirá a la PDI, a la misma oficina en que te interrogó el comisario Mauricio Mandiola. Y lo más probable es que, de entrada, él te acuse de haber dado muerte al venezolano. ¿Me sigues?

-Sí, señor.

-Bueno, llegado el momento, ¿qué piensas decirle?

-No sé, señor. Pero tendré que decirle que no, que yo no lo hice. Todavía tengo que hablar con el abogado que contrató mi papá.

-No te preocupes por ese abogado. Vas a hacer con el comisario Mandiola lo mismo que has hecho conmigo. Contarle toda la verdad, lo que hiciste, por qué lo hiciste, lo que hicieron tus amigos y, lo más importante, lo que hizo y les dijo ese tal Burt Samuels, de manera que quede claro, que a Mandiola le quede muy claro, que fue él el organizador de todo este embrollo y el cerebro del crimen, no de un delincuente venezolano ingresado sin papeles a Chile, sino del crimen nada menos que del presidente de la República. ¿Entiendes lo que te digo?

-Sí, señor. Me pide que le repita al comisario lo que acabo de contarle a usted. Pero a usted se lo dije porque no es policía, es periodista, y me aseguró que no iba a publicar nada de lo que habláramos.

-Sí, eso te dije. Y me creíste, hiciste bien en creerme. Ahora te digo que se lo cuentes a Mandiola y le agregues más información, toda la que tengas, acerca de Burt Samuels. Es la única posibilidad que tienes de salvarte de ir a la cárcel por más de veinte años. ¿Te das cuenta? Es posible que el abogado te recomiende que niegues todo, pero yo conozco bien a Mauricio Mandiola, y no se va a demorar ni un solo día en echar por tierra tus mentiras, si decides

mentirle. ¿Me has escuchado bien? ¿Comprendes lo que te digo? Yo hablaré con Mandiola mañana por la tarde, después de que te entrevistaste me va a venir a visitar, y pienso que puedo influir en sus decisiones; pero esto que te acabo de decir no se lo reveles a nadie, mucho menos a ese abogado que contrató tu papá.

Pepe Ortega permaneció en silencio, observando hacia abajo a Eduardo Magro, que lo contemplaba inmóvil desde el sillón Reina Ana.

-¿Por qué hace esto por mí? ¿Por qué me llamó para que lo viniera a ver? - preguntó, al cabo de un rato.

-Porque yo también fui joven, y extraño mi juventud. Aunque cuando lo era no hice ninguna estupidez como la de ustedes. Yo me dedicaba a estudiar. ¿Y ustedes? ¿No van a la universidad?

-Solamente Alfredo Maldonado; estudia ciencias políticas. Los demás trabajamos en las empresas familiares desde que salimos del colegio.

-Ya veo -murmuró Ortega. Y luego-: Me cayeron bien, a pesar de que no fueron muy agradables conmigo. En realidad, yo salí a retarlos, a decirles que se fueran con sus escapes libres a otra parte, porque no me dejan dormir. Pero me entusiasmé con las carreras de autos y vi que no tenían intención de molestar al vecindario con el ruido, que ni siquiera se daban cuenta de la bulla que generan, y en cambio encontré que eran buenos chicos, interesados en no dañar a la comunidad, puesto que elegían ir a correr a una hora y en un lugar en que los caminos estaban vacíos. Me hicieron añorar mi juventud, una época que fue tan rica en emociones y aventuras para mí, y que he recordado tanto en esta convalecencia forzosa que tengo que pasar solitario, sin ver a nadie ni hablar con nadie. Así que lo pasé bien con ustedes. Y me gustó tu auto y te tomé aprecio, me sentí contento de que ganaras tu carrera, y jamás pensé que tú podías ser el que tiró el cadáver al pie de mi ventana. Así fue. Estoy sorprendido, claro, no he tenido tiempo para meditar en el asunto, pero siento que debo ayudarte. Es una decisión de sentimiento más que de razón.

-Le agradezco lo que me ha dicho. Si salimos de esta, les voy a decir a los muchachos que vayamos a correr a otra parte, para que usted pueda dormir tranquilo.

Pepe Ortega soltó una risa fuerte, que pareció remover el aire tenso de la habitación.

-No te preocupes por eso, Eduardo. Este departamento no es mío. Se lo prestó una amiga a mi mujer y yo voy a regresar mañana o pasado a Santiago y para la próxima semana espero volver al trabajo y retomar mi rutina normal. El Covid ya quedó atrás.

-Bueno, señor Ortega, que así sea. Yo ahora voy a conversar con mi papá, para que él sepa lo que pienso hacer.

Se levantó con dificultad del pequeño sillón y quedó cara a cara con Pepe Ortega, quien le estrechó la mano y le dijo:

-No hagas tal. Tu padre ya es un hombre mayor, tal vez de mi edad, ¿no es cierto?

-Yo creo que es un buen poco mayor que usted, tiene ochenta y cuatro.

-¿Y a esa edad pretendes darle la noticia de que su hijo es un asesino?

-¡Un asesino! -exclamó Magro.

-Bueno, técnicamente, es lo que eres. No le digas nada de lo que hiciste ni de lo que vas a hacer. Espera que las cosas sigan su cauce y confía en que saldrás bien parado. Y recuerda que la vida es sagrada, y antes que morir por la patria es preferible vivir para la humanidad.

-Bueno, bueno, las cosas están muy claras -dijo el comisario Mandiola, sentándose al lado de Pepe Ortega, en el sofá de la sala.

La inmensidad del Pacífico les repletaba los ojos.

-¿Muy claras, Mauricio?

-Clarísimas, Pepito. El que te vino a dejar un cadáver bajo tu ventana fue Eduardo Magro, y él también fue quien fabricó el cadáver; utilizó como materia prima a un inmigrante venezolano que había ingresado sin papeles a Chile, junto a un grupo numeroso de tipos de mala reputación, que ya están siendo investigados por la policía viñamarina, para llevarlos a la frontera o mandarlos de regreso a su país.

-¿Estás seguro de que fue Magro?

-Segurísimo. Él mismo lo confesó todo, con lujo de detalles.

-¿Y por qué un muchacho rico, dueño de todo el oro del mundo, iba a querer ultimar a un vagabundo extranjero que no tenía ni un cobre, ni un pedazo de pan para llevarse a la boca?

-¿Me vas a creer si te digo que lo hizo por patriotismo, Pepe?

-Sí, Mauricio, te voy a creer, porque lo sé todo. Ayer hablé con Eduardo Magro y le aconsejé que te dijera la verdad.

-No me digas, Pepito... ¿qué cuento estás inventando?

-No estoy inventando nada; te digo la pura y santa verdad. Eduardo Magro es un imbécil, por hacer lo que hizo, pero más aún por dar crédito a ese presunto agente de la CIA, un tal Burt Samuels. Supongo que te habló de él, también.

-¡Ah, claro! ¡Qué pelotudez más grande! Es de no creerlo.

-¡No me digas! ¿Tú piensas que puede haberlo inventado?

-No, no tiene cerebro para inventar a un personaje así. Y te voy a decir más, incluso averiguamos con la Interpol si existe en la CIA un agente llamado Burt Samuels.

-¿Pudieron averiguarlo con la Interpol?

-Sí, no es nada difícil.

-¿Y qué dijo la CIA?

-Que efectivamente en sus registros figura el agente Burt Samuels...

-¡No me digas!

-Déjame terminar... fallecido en acto de servicio en Chicago, en 1975. Y te voy a decir más, era afroamericano; en cambio, el que describe Eduardo Magro es

rubio y de mejillas abundantes y sonrosadas. Así que, evidentemente, no se trata del fantasma del auténtico Burt Samuels que prestó servicios en la CIA.

-Sácame de una duda, Mauricio Mandiola, ¿debo entender que con la confesión de Eduardo Magro das por terminada tu participación en este caso?

-Oficialmente, en este caso yo no tengo participación, Pepe. No he hecho nada más que darles una mano a los colegas viñamarinos y de paso resolver tu interés por saber quién te vino a dejar un cadáver al pie de tu ventana. Y conseguí despertar tu interés porque estabas más aburrido que una ostra y ahora te veo muy interesado, casi comprometido, diría yo.

Ortega rio.

-Me parece que esto merece una copa de vino -dijo-; es lo único que tengo para ofrecerte.

Cuando regresó, con la botella y las copas, el comisario se había puesto de pie y contemplaba el panorama desde la puerta de la terraza.

-¡Qué vista preciosa tienes desde aquí! Aprovecha de disfrutarla los días que te quedan.

-Que tal vez no sean tan pocos -dijo Pepe, escanciando el vino-. A ver qué te parece este Carmenere.

-Delicioso, como todos tus vinos.

-Si hemos de tomar, que sea bueno, un verdadero placer.

-Ya lo creo. Hay que beber poco, pero bueno. No se trata de emborracharse.

-Eso lo sabemos desde siempre. Pero dime, Mauricio, qué sigue ahora para Eduardo Magro.

-Bueno, tendrá que ir a la cárcel y ser juzgado por homicidio. Le caerán treinta años; como no tiene antecedentes, pueden reducirse a veinte. Y si observa buena conducta, tal vez salga dentro de quince años.

-¿Te imaginas lo que es pasar quince años de encierro, para un hombre en el comienzo de la vida? Es poco más que un niño, y todavía piensa y actúa como si lo fuera.

-Debió haberlo meditado, antes de hacer la estupidez que hizo. Y sus amigos, también. Todos van a ir a juicio, Pepe.

-¿Y tú crees que con eso se termina la cuestión?

-Bueno, el crimen del inmigrante venezolano, sin registro de identidad, no da para más.

-El del venezolano, no. Pero, ¿y el del presidente de la República?

-No llegó a cometerse, por fortuna.

-Por fortuna, no todavía. Pero, ¿y si ese falso Burt Samuels insiste? ¿Tú crees que se va a quedar tranquilo? ¿Tú piensas que estos de Concón son los únicos chiquillos estúpidos que hay en el país, capaces de conspirar para matar al presidente? ¿Y sabes lo que hay detrás del interés de Samuels?, ¿qué hilos lo mueven?, ¿qué es lo que pretende obtener?

-Vaya, vaya. Veo que te has interesado más de lo que yo esperaba en este asunto, Pepito. Y me parece que deseas que yo comparta tu interés.

-Es lo menos que puedes hacer.

-Así como lo planteas, Burt Samuels podría ser un tipo peligroso para la estabilidad del país.

-Y podría ser, también, que no actuara por cuenta propia, que fuera el representante de otros intereses. ¿No te da la impresión de que convendría averiguarlo?

-Digamos, mejor, que convendría que lo averiguáramos. Porque veo que ahora sí deseas reanudar nuestra participación conjunta en una investigación, aparentemente sin destino.

-¿Sin destino?

-Aparentemente, como tantas que acometimos a dúo en el pasado.

-Y que sí tuvieron destino, no lo olvides.

-Yo no me he olvidado de nada, Pepito; pero ¿qué esperas que hagamos ahora?

-Averiguar quién es realmente ese tal Burt Samuels y dónde se encuentra, y en lo posible, ponerlo a buen recaudo para que no siga descomponiendo el cerebro de los jóvenes y generando discordias políticas sin fundamento.

-¿Y eso significa?

-Que tendremos que trabajar con Eduardo Magro y sus amigos, por lo que no deberías ponerlos en prisión.

-¡Pero, Pepito, por Dios! Esa es una investigación que ya está cerrada, que yo entregué a la BH viñamarina, y son ellos los que deben actuar, y seguramente ya lo han hecho y Magro estará recluido, y tal vez también sus amigos.

-Mauricio, tú tienes la fuerza y el poder para hacer entender a tus colegas de Viña lo que puede haber tras el homicidio del inmigrante venezolano. A ti nadie te va a decir que no ni va a cuestionar tus decisiones.

-No me sobreestimes, querido Pepito, y acuérdate que los hechos son muy porfiados y no se puede ir contra ellos.

-Intentémoslo, Mauricio, ¿no crees que vale la pena intentarlo?

21

Los seis muchachos repletaban el estar del departamento y Pepe Ortega se sentía feliz de compartir con tanta gente, después de sus días de soledad, a pesar de que todos estaban con el rostro cubierto por la mascarilla anti Covid.

-Estas mascarillas -bromeó- nos hacen parecer bandidos.

-¿Y no lo somos? A mí me dijeron que teníamos que buscar a Burt Samuels...
-Ángel Donoso.

-Que es el jovencito de la película -agregó Pepe. Y todos rieron.

Cada uno estaba premunido de una botella de pilsener Urquel, que habían adquirido en el supermercado Jumbo. Pepe les dijo que ese era el precio que debían pagar por encontrarse en libertad y evitar más de cinco años de cárcel. Y que siempre que uno de ellos lo visitara debía llevar su Urquel, que iba a ser la llave de su puerta.

-Al fin sé lo que valgo como persona: una cerveza -Julio Garay.

-¿Preferirían que les hubiera pedido que me regalaran uno de sus autos?

-¿Cuál habría elegido?

-El de Eduardo Magro, por supuesto...

-No -dijo Pepe-, un Porsche está bien para jóvenes como ustedes, pero un señor mayor, como yo, prefiere el Mercedes o el BMW.

-Bueno, decídase; ¿cuál de los dos quiere que le pasemos? -Ángel Donoso.

-Lo que quiero es que dejen de hacer estupideces de chiquillos chicos y empiecen a comportarse como las personas mayores e inteligentes que en realidad son.

-O que deberíamos ser -Alfredo Maldonado-; porque usted tiene toda la razón, señor Ortega. Actuamos como niños.

-¿A ninguno se le ocurrió dudar de la identidad del falso Burt Samuels?

-A mí, pero me desarmó. Es un discudidor implacable, capaz de convencer a cualquiera de cualquier cosa -Maldonado.

-Te convenció a ti y de paso a todos los demás, que no hemos ido a la universidad.

-No es necesario haber ido a la universidad para dudar de un tipo que dice que es agente de la CIA y vino enviado por el gobierno de los Estados Unidos para convencer a un grupo de muchachos de que cometan un magnicidio. Pero bueno, no le demos más vueltas al asunto. Ya saben lo que tienen que saber: hubo un agente Burt Samuels en la CIA, pero no es el que los embaucó a ustedes, primero porque era afroamericano y segundo, porque murió hace cerca de cincuenta años. La pregunta ahora es ¿qué pretendía este falso Burt Samuels rubio y sonrosado? ¿Qué les parece a ustedes?

-No creo que haya sido meternos a la cárcel, porque no nos conocía ni sabía de nosotros, hasta que nos contactó. De manera que yo me inclino a pensar que llegó con el plan preconcebido para asesinar a Gabriel Boric por mano ajena -Julio Garay.

-Es un tipo inteligente -Vicente Carrasco.

-No tanto, ya que no se quedó para ver culminada la idea -Maldonado.

-Pero estaba seguro de que lo haríamos. Seguro, por lo menos, de que yo lo iba a intentar. -Eduardo Magro.

-No bastaba con intentarlo -Maldonado.

-No, pues, sobre todo si pensamos que no actuaba por cuenta propia, sino que tenía un mandato de terceros -Garay.

-¿Y quiénes serían esos terceros? ¿Chilenos o extranjeros? ¿Políticos o inversionistas? -Vicente Carrasco.

-Bueno, es mucho lo que tenemos por averiguar. Pero vale la pena. Para eso están libres. Se escaparon jabonados de pasar varios años a la sombra, en la cárcel, quiero decir -Pepe Ortega.

-Sí, entendemos lo que significa estar a la sombra -Carrasco.

-Por lo menos eso. Ya es algo, mejor que nada -Garay.

Entonces Miguel Montero, que había permanecido silencioso y había dado cuenta hacía rato del contenido de su botella, a la que besaba con fruición, exclamó:

-Creo saber de donde apareció Burt Samuels.

Pepe Ortega alzó ambas manos para pedir silencio.

-A ver, Miguel, explícate.

-Bueno, Samuels se presentó una noche de carreras...

-Claro, igual que el señor Ortega -Vicente Carrasco.

-¿En qué otra parte nos iba a encontrar a todos juntos? -Garay.

-Ese es el tema -dijo Miguel Montero-, Samuels sabía de nosotros, nos buscaba, y si se recuerdan bien, nos estaba esperando. Esa noche llegó antes que nosotros a la rotonda. ¿No se acuerdan que ya estaba ahí, solo, de pie en medio de la noche, cuando aparecimos? Yo le dije a alguno de ustedes ¿qué hace ese tipo aquí parado?

-A mí -Julio Garay alzó el dedo índice al hablar.

-¿Y tú qué le contestaste? -Ángel Donoso.

-Nada, no le contesté. No me interesó el llanero solitario.

-Pero él se acercó y nos preguntó si veníamos a echar carreras de autos. De manera que sabía por qué estábamos ahí -Miguel Montero.

-Tienes razón; alguien lo había dateado -Vicente Carrasco.

-Alguien que nos conoce y sabía lo que hacíamos y qué día nos juntaríamos a correr. Pero que, además, sabía muy bien que somos derechistas y haríamos todo lo que estuviera en nuestras manos para evitar otro gobierno socialista o comunista.

-A pesar de lo positivas que fueron para la economía las administraciones de Lagos y Bachelet -Pepe Ortega.

-El discurso que traía Burt Samuels no era contra Lagos ni Bachelet, era contra Allende y la UP -Maldonado.

-Un tiempo ya lejano y superado -Pepe Ortega.

-Pero que los izquierdistas lo siguen enarbolando como si hubiese sido lo mejor, y quieren repetirlo -Carrasco.

-Sí, ese era el discurso de Burt Samuels, o como quiera que se llame -Maldonado.

-Y ustedes se lo creyeron, porque querían creerlo -Ortega.

-¿Y si sucede? -Magro. -Todavía puede pasar que vuelva la Unidad Popular, con Gabriel Boric.

-No, no va a pasar. Cualquiera que esté al tanto del acontecer político nacional se los puede decir -. Ortega. -Pero nos estamos desviando de lo que nos importa. Miguel Montero todavía no nos dice de donde salió Burt Samuels.

-Fácil -Montero-, lo mandó Gonzalito, el mecánico que nos arregla los coches.

-¡Gonzalito! -Maldonado- ¿Y qué le puede interesar a Gonzalito quién gobierne en el país? Es un simple mecánico, con un taller pichiruche...

-Pero donde llegan los automóviles más caros de la región, como los nuestros -Montero.

El silencio que se produjo equivalía a la certeza de la afirmación de Montero, quien reforzó su idea:

-A ver, ¿cómo fue que llegamos al taller de Gonzalito?

-Por un dato, como se llega a un taller mecánico -Donoso.

-¿Y quién nos dio el dato?

-Mi papá -dijo Eduardo Magro.

-No, fue el mío -Vicente Carrasco.

-A mí me lo recomendó mi mamá, Gonzalito le mantiene el Lexus -Garay.

Pepe Ortega volvió a alzar ambos brazos:

-No cabe duda: Gonzalito es el mecánico de todas sus familias, lo que significa que es el mecánico de la gente adinerada de la región.

-¿Eso significa que los que tenemos mucho dinero somos asesinos? -Ángel Donoso.

-No, por supuesto que no -Ortega.

-Tal como usted lo planteó pareciera que piensa que sí. Gonzalito mandó a Samuels a hablar con nosotros, para que nos convenciera de que asesináramos a Gabriel Boric. ¿Lo entendí bien?

-Puede entenderlo así, pues yo no me expresé con claridad. Gonzalito es un mecánico que atiende a mucha gente en la Quinta Región, en general gente con buenos coches, es decir, de alto estándar socioeconómico, lo que se asocia en política con el pensamiento de derecha. Pero eso no quiere decir que Gonzalito sea de derecha. Es un hombre que vive de su trabajo, que no debe de poseer un alto nivel intelectual ni tiene por qué ser político, ni de derecha ni de izquierda, aun cuando a los que viven de un trabajo manual se los asocia más bien con esta ideología. Ahora, lo que tendríamos que averiguar es quién le recomendó a Burt Samuels que se dirigiera donde Gonzalito para ubicar a jóvenes derechistas dispuestos a todo, y si efectivamente él lo mandó a hablar con ustedes.

-Eso es fácil, basta con ir donde Gonzalito y preguntarle -Carrasco.

-Estás más huevón -Donoso-. No le podemos dar indicios a Gonzalito, ni a nadie, de que estamos buscando a Burt Samuels.

-Pero si lo queremos encontrar tenemos que ir a la fuente que lo envió donde nosotros; y esa fuente es Gonzalito -Carrasco.

-Claro, pero tenemos que llegar con una estrategia, que él no se dé cuenta de por qué nos interesa Burt Samuels, para que no se escape.

-Tiene razón Donoso -dijo Ortega-. ¿Se les ocurre algo? Porque tenemos la posibilidad de hablar con el comisario Mandiola para que interroge a Gonzalito, pero a mí me parece mejor que la policía no intervenga. Tratemos de arreglarlo nosotros. ¿A alguien se le ocurre alguna idea?

Julio Garay volvió a levantar el índice.

-Ustedes saben que yo trabajo en el colegio de mis padres; soy el inspector general, pero necesito tener el título de profesor para regularizar mi nombramiento. Yo no quiero pasar cinco años estudiando en una universidad de aquí; en cambio, en Estados Unidos puedo obtener un título equivalente en uno o dos años, incluso por Internet, y convalidarlo en Chile. Digamos que lo había hablado con Burt Samuels, quien se ofreció para ayudarme en su país. Pero ahora desapareció y no sé dónde encontrarlo. Y como Samuels me había hablado de Gonzalito, puedo ir a pedirle que me ayude a ubicarlo.

-Esa sería una buena llegada -aprobó Pepe Ortega. Y se levantó para buscar otra corrida de cervezas.

22

Gonzalito se acordaba bien de Burt Samuels, pero ignoraba su nombre.

-¡El gringo que hablaba raro! -exclamó cuando Julio Garay le preguntó por él.

Garay no fue solo; se hizo acompañar por Alfredo Maldonado: *Tú entiendes mejor esas cosas que dice el señor Pepe Ortega*. Pero Maldonado le pidió que hablara él con el mecánico, para que le explicara lo de sus estudios en Estados

Unidos. Garay fue convincente, utilizaba mejor el lenguaje de mecánico que el de profesor.

-Hace tiempo que no aparece el gringo por aquí -Gonzalito.

-Tampoco ha ido a vernos a nosotros; por eso quiero saber dónde lo puedo encontrar -Garay.

-¿Y cómo lo voy a saber yo?

-Si es su cliente, tendrá anotados sus datos.

-Es que no es mi cliente. Llegó aquí con el auto de un cliente mío, pero el auto estaba bueno, no tenía ninguna pana.

-¿Por qué, entonces, lo vino a ver? -Maldonado.

-Estaba interesado en las carreras de autos. Parece que tiene coches de carrera en su país. Pero yo le dije que aquí en Chile no hacemos carreras, solamente lo hacen jóvenes aficionados, no más, como ustedes. Él pensaba que yo preparaba coches para las carreras, pero no, eso aquí no vale...

-Y entonces, usted le dijo dónde nos juntamos a correr y qué día lo haríamos.

-Claro, porque precisamente el día antes había venido usted, don Adolfo, para que le revisara el Mercedes y lo dejara a punto para la carrera.

-Justamente lo que usted acaba de decirnos que no hace...

-Claro, pues, justamente. Porque no lo hago. Yo a usted le mantengo el Mercedes todos los meses, pero esa vez me dijo que lo quería a punto para la carrera que iban a tener el jueves; me acuerdo que era un jueves, ¿o un miércoles? ¡Vaya, ya me confundí!

-No importa, Gonzalito, eso no tiene importancia. Lo que sí nos interesa es que nos dé el nombre y las señas de su cliente, el dueño del auto con que llegó Burt Samuels, porque es seguro que él sabe dónde lo podemos encontrar; mire que para Julio es muy importante estudiar en Estados Unidos.

El mecánico sacó un cuaderno sucio de grasa; para pasar las páginas se llevaba un dedo a la boca, lo que a Maldonado le pareció el colmo de la inmundicia, le diría más tarde a Julio Garay. Pero la búsqueda dio resultado y los muchachos se retiraron sabiendo que debían ubicar a don Federico Urrutia, en la firma importadora y exportadora de vinos y licores Urrutia y Pezoa, Compañía Limitada.

23

Don Federico Urrutia se acordaba muy bien del gringo Burt Samuels, solo que no lo conocía por ese nombre.

-Se llama Johnson -dijo-, Gregory Johnson, y tiene negocios interesantes con nosotros. Es un buen comprador de vino chileno, y vino a vernos en diciembre del año pasado. No conocía Chile, y le gustó mucho, según dijo. Estaba interesado en aumentar el volumen de intercambio, por lo que nos ofreció proveernos de whiskey, que aquí tiene buena salida. Nos preguntó mucho qué pasaría si ganaba la elección presidencial un candidato de izquierda, si se empantanarían los negocios. Según él los exportadores de Estados Unidos estaban temerosos, pero lo tranquilizamos; las bases de nuestra economía ya están sólidas y cualquiera sea el que gobierne, siempre le interesará abrir las fronteras al capital foráneo. Con eso se dio por satisfecho y ya nos envió un primer cargamento de Tennessee whiskey. ¿Ustedes lo han probado? Yo estoy seguro de que les gustaría, y es más barato que el escocés. Además, Johnson nos mandó un video para publicitarlo, de un cantante Chris Stapleton, ¿lo han escuchado?

Maldonado y Garay no habían escuchado a Stapleton ni probado el Tennessee whiskey. Lo que ellos querían saber es donde encontrar a Samuels, o Johnson, para que Garay pudiese estudiar en Estados Unidos, ojalá por correspondencia. Urrutia les dio su dirección, y aprovechó de venderles también, a precio de oferta, una botella de whiskey.

-De manera que ya sabemos que Burt Samuels se llama Gregory Johnson, exporta whiskey Tennessee e importa vino chileno, y trabaja con la firma Urrutia y Pezoa, Compañía Limitada -dijo Pepe Ortega.

-Lo que no constituye delito alguno -respondió el comisario Mandiola, al otro lado del teléfono.

-Pero activó a un grupo de muchachos chilenos para que asesinaran al presidente electo Gabriel Boric.

-Lo que por supuesto negará. De manera que tendremos la palabra de los jóvenes contra la suya.

-Pero tenemos también el testimonio de Federico Urrutia, que reconoció el temor de Johnson y otros inversionistas norteamericanos de que volviera a instaurarse la Unidad Popular en Chile.

-Eso, siempre que Urrutia decida declarar contra Johnson, su socio comercial, lo que es altamente improbable. Y te voy a decir más, Pepito, nunca vamos a poder enjuiciar a Gregory Johnson, ni a ningún estadounidense en el país. Washington no lo permitirá jamás.

-De manera que quedará impune.

-Puesto que no cometió ningún delito.

-¿Y la muerte del venezolano?

-Esa hay que imputársela a tu protegido Eduardo Magro, y ya lo libramos de responsabilidad. ¿O quieres que lo vuelva a detener y pase quince años en la cárcel?

-Mauricio, me parece que ya aprendió la lección.

-Pero quieres que te diga algo: va a ser siempre un imbécil, capaz de cometer cualquier estupidez. No creo que, llegado el momento, sea capaz de manejar el negocio de su padre.

-Tiene una hermana, que será la que se haga cargo, llegado el momento. Me lo dijo Aliro Magro, que conoce bien a sus hijos y les hará pronto el traspaso de bienes.

25

Fue un auténtico banquete de pilsener Urquel. Pepe Ortega la había probado en un viaje periodístico a la República Checa, y cuando descubrió que la importaban en el Jumbo, ya no compró ninguna otra cerveza. Los muchachos le alabaron el gusto, pero habían llevado el whiskey Tennessee que le habían comprado a Federico Urrutia, para conocer el sabor del trago de Burt Samuels, o Gregory Johnson. Pero el comisario Mauricio Mandiola se opuso. *Yo soy cervecero -dijo- y si he de cambiar la Urquel tendría que ser por un scotch y no por ese licor de maíz que preparan los gringos.*

Los muchachos ignoraban que el whiskey americano era de maíz, en cambio el escocés, que también puede ser irlandés, informó Mandiola, se prepara con cebada, que es también la materia prima de la cerveza.

-Vamos a quedar peritos en bebidas alcohólicas -dijo Ángel Donoso.

-Más les valdría adelantar en asuntos de política -Mandiola.

-Ya saben que no vale la pena matar a nadie más -dijo Pepe Ortega.

-Con el venezolano me bastó y sobró, lo juro -Eduardo Magro.

-Lo huevón no se te va a quitar nunca -le espetó Donoso. Y se llevó una reprimenda de Maldonado:

-Angelito, por favor...

El comisario Mandiola suspiró, lo que pareció anacrónico e hizo que los jóvenes se miraran unos a otros, sorprendidos. Pepe se reclinó en su sillón, esperando el discurso de Mandiola, que empezó así:

-Yo evito hablar con jóvenes, como ustedes, porque sé que no van a entender lo que les diga. La vida nos hace crecer, y la calle, donde se juega la vida, es el camino que cada cual tiene que recorrer para aprender a comprender a los demás,

y sobre todo comprenderse a sí mismo, que es lo más difícil. Por eso nunca he aceptado ir a dar una charla a la Escuela de Investigaciones. Todos los jefes de servicios van. Yo soy la excepción. En realidad, soy una excepción en la PDI, para empezar por lo viejo; soy el policía con más años en actividad y con mayor edad cronológica. Ahora se jubilan jóvenes. No sé hasta cuándo me aguantarán, pero me han prometido que antes de jubilarme me ascenderán a prefecto, para que me vaya con más plata. Claro, nunca tanta como la que tienen ustedes. Pero yo prefiero tener cerebro a tener dinero. Dicen que la plata llama a la plata. Pero al cerebro tiene que llamarlo cada uno, como sea. Háganlo, antes de que el dinero que les dejen sus padres se les escurra entre los dedos. Ustedes saben que deberían estar todos presos, ¿no es cierto? Y saben que le deben su libertad a Pepe Ortega. Pepito es muy bueno, demasiado bueno con algunos muchachos, porque no fue todo lo bueno que debió ser con los que debía. Ustedes no saben de eso y es mejor que no lo sepan. Pero yo sé, y sé por qué razón actuó con ustedes como no debió hacerlo jamás, y me obligó a mí a ir también contra mis principios. Yo debería haberlos enviado a todos a la cárcel. Bueno, yo no, se supone que eso debe hacerlo un juez; nosotros, los policías, le entregamos los antecedentes al juez; es nuestro deber, una obligación moral, que yo me salté esta vez. Ha sido la primera y única, y curiosamente no me siento mal. Pepito debe haberme contagiado. Quiero que sepan que no habrá una segunda oportunidad para ustedes, yo no se las daré. La vida tampoco suele dar segundas oportunidades; de modo que aprovechen bien esta. Entiéndalo. Les vuelvo a decir que no suelo hablar con jóvenes porque sé que no me van a entender. Pero hagan un esfuerzo, aunque no sea más que por esta vez. Y no beban nunca esa porquería de whiskey; el whisky de verdad, el de los británicos, se escribe sin e.

Cuando Mauricio Mandiola terminó de hablar, el silencio comenzó a pesar en la habitación. El peso del silencio pareció inclinar las cabezas de todos hacia el suelo, como si esperaran encontrar allí algo que decir, la respuesta adecuada que Mandiola no les pedía ni esperaba. Hasta que Eduardo Magro se levantó, se aproximó al comisario, le tendió la mano y le dijo *Muchas gracias, señor comisario*. Y se fue de la habitación, sin despedirse de Pepe Ortega ni de nadie más. Entonces los demás

muchachos fueron poniéndose en pie, de uno a la vez, le tendieron la mano al comisario, y partieron.

Al quedar solos, Pepe Ortega observó a Mandiola y le dijo:

-Menudo tirón de orejas me has dado, Mauricio.

-Ha sido en privado, Pepito.

-Sí, claro. Nadie debía entenderlo, salvo yo. Y claro que lo entendí. Y me duele, ¿quieres que te diga? Claro que me duele, Mauricio.

Mandiola lo acompañó en la risotada que siguió.

Pepe Ortega se levantó, llevó un par de vasos hasta la mesa, cogió la botella de Tennessee y dijo:

-Probemos ahora esta basura de Burt Samuels.